



EPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 26. — Madrid 15 de Marzo de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

ARTE ANTIGUO.



MATER DOLOROSA.

Cuadro del insigne pintor cristiano Bartolomé Esteban Murillo.

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica, por D. Isern.—El *Jueves Santo*, por Blas.—*Dolorosa*!.. (poesía), por B. López García.—*Mesiada de Klopstock*.—Los *Sagrarios* y el *Santo Sepulcro*.—*Ante una cruz* (soneto), por D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.—*El templo de Jerusalén*.—*Salmo Miserere* (poesía), por D. Andrés Bello.—Los *Grabados*.—*El mártir de un secreto* (continuación), por Raul de Navey.—*La caridad* (continuación), por Fr. Conrado Muñoz Saenz.—*Revista de conocimientos útiles*.—*Advertencia*.—*Anuncios*.

GRABADOS.—*Mater Dolorosa*.—*La Adoración de la Cruz al pie del Sepulcro*.—*Jesucristo en casa del Fariseo*.—*Manasés y Salomón*.

REVISTA

SU ILMA, el Rdo. Obispo de Orihuela sigue recibiendo fervientes adhesiones de sus diocesanos, y sobre todo de Alicante, con motivo de los actos de vandalismo cometidos en esta última ciudad contra los Padres Jesuitas y contra su autoridad venerable. Las sectas masónicas, cuyos atentados parece quedar impunes, han dado lugar á que salgan de su cobarde apatía muchos católicos, mostrando con su protesta y su adhesión al Prelado un valor hasta ahora desconocido, que habrá servido de consuelo al corazón paternal del venerable Obispo, herido por la apostasía de algunos hijos desalmados.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se adhiere de nuevo á todas las protestas, celebrando las muestras de piedad que significan en los católicos alicantinos.

¡Y coincidencia singular! Mientras que en el SE. de España las sectas revolucionarias insultaban á los Padres Jesuitas y profanaban escandalosamente los templos del Señor, en el SO. *La Mano Negra* patentizaba con sus crímenes y sus reglamentos los frutos de esas mismas sectas revolucionarias, frutos envenenados que corrompen todo el organismo de la sociedad, preparando la ruina de sus instituciones, así en el orden religioso, como en el civil y político.

¿Qué *mano* más *negra* que la que en Alicante arrojaba petardos en las iglesias durante las Santas Misiones, ultrajando á un mismo tiempo á la Majestad de Dios y á la dignidad de los hombres?

Y sin embargo, de *La Mano Negra* de Alicante no se preocupa tanto la opinión—según ahora se dice—como de la que asoma los dedos en Jerez, porque aquella ha atentado contra la Religión, y ésta atenta contra la propiedad, y la sociedad presente se muestra más alarmada de que la puedan sacar las pesetas del bolsillo que la religión de la conciencia.

¡Qué ceguera! Mantener el orden social sin Religión, cuando vemos la simultaneidad de los ataques contra la justicia de Dios y contra el derecho humano, es lo mismo que querer sostener una torre sin cimientos sobre la arena de una playa borrascosa, donde se estrellasen de continuo las olas de todos los mares.

La revolución ha sacado las dos manos á un tiempo: la diestra, es decir, la más eficaz en arrancar de la sociedad el corazón, ha sido la que hemos visto en Alicante tirar petardos en las iglesias, y la siniestra, esto es, la de aspecto más repugnante, la que en Andalucía ha comenzado á talar viñas y olivares, para desnudar á la sociedad muerta y entregarla á la anarquía.

El Gobierno trata de cortar, ó más bien de atar, los dedos de la mano de Andalucía; pero se acuerda poco ó nada de la mano de Alicante, sin considerar que la mano derecha es más temible que la izquierda, por lo mismo que es más hábil en sus manejos.

Mas es el caso que los dedos de la mano izquierda son tan numerosos, que, según los últimos datos, pasan de 50.000, lo cual hace muy difícil la empresa del Gobierno. Cada día se hacen nuevas prisiones y descubrimientos, que van demostrando las raíces que tienen en nuestra sociedad los elementos socialistas, fomentados por la irreligión que propagan las malas lecturas y las sociedades masónicas de toda especie.

La mano de Alicante maneja petardos; la de Jaén ha sido sorprendida empuñando el fusil. Así se progresa en el arte regenerador de las *manos vivas*.

Se ha creado una Escuela central de gimnástica, que se dividirá en dos secciones.

La teórica comprenderá la anatomía, fisiología é higiene en sus relaciones con la gimnástica; estudio de los aparatos, de su construcción y de sus aplicaciones; pedagogía gimnástica; teoría de la esgrima, estudio de los movimientos que se ejecutan en las artes mecánicas y de su aplicación al trabajo manual de las escuelas, y conocimiento de los principales apófitos y vendajes referentes á las heridas y luxaciones.

La enseñanza práctica comprenderá: ejercicios libres y ordenados sin aparatos; lectura en alta voz y declamación; ejercicios acompañados de música ó canto; ejercicio de la visión para apreciar distancias, medir alturas y juzgar de la diversidad de matices; ejercicios del oído para apreciar también por este órgano las distancias, así como la dirección é intensidad del sonido, su ritmo y tonalidad; natación; equitación; esgrima de palo, sable y fusil, y tiro al blanco; ejercicios con aparatos.

A medida que los alumnos de la Escuela central vayan obteniendo el título de profesores de gimnástica, se les irá destinando á los Institutos provinciales; y cuando éstos se hallen dotados del profesor correspondiente, á las escuelas normales de primera enseñanza.

Hé aquí una nueva carrera del Estado que promete mucho, puesto que exige un personal numeroso si se han de cumplir las aspiraciones del Estado, que son, á juzgar por el decreto de la fundación de la Escuela central, convertir en gimnastas á todos los españoles.

Por de pronto, acudirán á la primer convocatoria todos los titiriteros de España, que llenarán la primer categoría en el nuevo profesorado. El capitán Martínez, cuyas ascensiones aerostáticas tanto aplauso merecen del público, debe ser nombrado rector de la Escuela, pues es el gimnasta español que ha logrado ponerse á mayor altura entre todos sus colegas.

Pero, hablando en serio, ¿qué necesidad había de esa escuela, cuando las de primeras letras apenas pueden sostenerse en España por falta de recursos para subvencionar á los maestros? Analícense los estudios que comprenderá la nueva escuela, y se verá que todos caben en las escuelas existentes.

La fisiología é higiene en sus relaciones con la gimnástica, los apófitos y vendajes caben en la Escuela de Medicina; la lectura en alta voz, declamación y canto, en el Conservatorio; la equitación y esgrima en las Academias militares, y así de las demás asignaturas de la Escuela gimnástica.

Pero no, señor; es preciso que se vulgaricen estos conocimientos; que el abogado aprenda esgrima de palo y tiro al blanco; que el militar sepa declamación y música; que hasta el pacífico labriego estudie la pedagogía gimnástica y la teoría de la esgrima.

Así se sacan las cosas de quicio, y se convierte en objeto de prevención y antipatía lo que, en otro concepto, merecería la aprobación de todo el mundo.

La gimnasia, científicamente considerada, es una rama importantísima de la fisiología y de la higiene. Hombres ha habido, y en España hemos tenido, entre otros, al malogrado Conde de Villalobos, que han hecho de este estudio una verdadera ciencia, relacionada con todas las físicas y naturales, y fecunda en aplicaciones para la higiene y patología médica. Pero, aparte de que este estudio no está perfeccionado, ¿merece por sí solo, en las presentes circunstancias de España, la creación de escuelas especiales para convertir en gimnastas á todos los españoles?

Pero aquí no se mira la necesidad general ni el bien público; se miran los intereses particulares, sobre todo si responden á la restauración del antiguo paganismo, mas atento á fomentar el desarrollo físico del hombre que el desarrollo moral.

El positivismo se impone en todas partes con sus teorías absurdas y descabelladas. ¡Fomentar los intereses materiales anteponiéndolos á los morales! ¿Qué locura! ¿De qué servirá que los jóvenes sean hábiles gimnastas, si tienen malas costumbres por efecto de su incredulidad y falta de religión?

Más robustos serán los hombres de un pueblo virtuoso y cristiano que no sepan gimnasia, que los de una nación impía, adiestrados en todos los ejercicios de la equitación y de la esgrima.

La mejor gimnasia, para un pueblo que aspire á ser fuerte y robusto, es la que consiste en los ejercicios espirituales.

Un nuevo progreso material anuncia introducirse en Madrid, cuyas ventajas serán inapreciables si da los resultados que la empresa se propone.

Se trata nada menos que de llevar la calefacción á las casas como ahora se lleva la luz de gas y el agua del canal, acabando de un golpe con las elegantes chimeneas y con los humildes braseros.

La calefacción se producirá en la fábrica por medio del vapor, el cual, circulando por tuberías, como ahora circula el gas, actuará en cada habitación sobre un receptor de hierro y éste irradiará el calor con una intensidad graduable.

Este procedimiento de calefacción se usa ya en algunas ciudades de los Estados Unidos, para las cuales el invierno debe ser una constante primavera. En Madrid se trata de crear una sociedad por accio-

nes para llevar á cabo esta empresa, y al efecto, se ha hecho ya un ensayo para meter en calor á los capitalistas, sin cuyo concurso no habrá manera de romper el hielo de la indiferencia del público.

Cuando la empresa se haya realizado, si es que los capitalistas lo toman con calor; cuando se haya canalizado toda la capital y circule el calor por todos los edificios, como la sangre de nuestras venas por todos los miembros de nuestro cuerpo, el clima de Madrid habrá variado casi por completo y las invasiones del Guadarrama se estrellarán en las paredes de nuestras casas, especie de seres vivientes animados por la circulación de la savia calorífica.

Nosotros no dudamos del éxito, porque más pronto ó más tarde, por este ó por otro medio, estamos seguros de que la circulación del calor y la del movimiento se llevará á cabo en las grandes ciudades modernas, distribuyéndose á domicilio como hoy se reparten la luz y el agua.

Lo que es preciso que alguien invente un procedimiento de alargar la vida, que parece irse acortando en proporción de las comodidades con que se la rodea.

De vez en cuando se levanta un clamoreo en la prensa contra la estrechez de la Puerta del Sol, que nos recuerda aquella tenaz insistencia del senador romano en pedir la ruina de Cartago.

Verdaderamente que la multiplicación de los coches, de los ómnibus y de los tranvías, han puesto punto menos que intransitable la gran plaza, que no corresponde hoy á las necesidades de la población. Sin embargo, la Puerta del Sol está llamada á perder su importancia actual, corriéndose el centro de la capital á la Cibeles, donde hay ancho campo para la circulación de carruajes y para la concurrencia de grandes muchedumbres.

Dar nuevo ensanche á la Puerta del Sol sería obra costosísima, y existen otras reformas más perentorias en que debe emplear su celo el Ayuntamiento de Madrid. ¿Cuándo se abre la gran vía del Norte, que será gloria imperecedera para el Ayuntamiento que la lleve á cabo? Con los millones que costaría el dar nuevo ensanche á la Puerta del Sol, se puede abrir esa gran vía que llevará á los barrios de Pozas y Argüelles las palpitaciones, por decirlo así, del corazón de Madrid, y dará inmensa importancia á muchas calles del centro, que hoy yacen en injusto desamparo.

No viste bien quien sólo se cuida de llevar buen sombrero y deja descuidadas las demás prendas del traje, y lleva los pies descalzos porque se arrastran por el suelo.

El Episcopado español ha dirigido á Su Santidad un mensaje de adhesión con motivo de la Encíclica *Cum Multa*. Después de felicitarse los Prelados de que la admirable Encíclica «ha llegado cual rocío sobre tierra sedienta», desvaneciendo los recelos que antes pudo haber de que «se alterara la cordial inteligencia que siempre coronó de glorias pacíficas al Episcopado», dicen los Obispos españoles: «Confesamos, Beatísimo Padre, que sois nuestro Doctor, nuestra guía y nuestro sostén. Protestamos á Vuestra Santidad que nuestra sumisión es ingenua y perfecta, y prometemos al presente, en garantía de una sumisión sin reserva, que no haremos ni diremos cosa ninguna en disonancia de lo que benigna y magistralmente nos habéis enseñado y prescrito. Y siendo así que el mundo católico aplaude la dulcísima benignidad con que hemos sido adoctrinados por Él, que confirma á sus hermanos, queremos significar á presencia del cielo y de la tierra, y para edificación del pueblo cristiano, que estamos unidos en espíritu y en verdad á Nuestro Jefe Supremo, y lo estamos entre nosotros mismos para nunca disentir en las cosas que Vos, Vicario de Jesucristo en la tierra, nos ordenareis cumplir. Pues cuando habláis, aprendemos; cuando aconsejáis, asentimos, y cuando mandáis, nos sometemos á Vos con la mejor voluntad. Y, como deseaba el Apóstol, conviniendo en todo, conservamos lo que recibimos, enseñamos lo que aprendimos. *Causa*, pues, *finita est*. ¡*Utinam finiantur contentiones!* A desear esto nos obliga la caridad, porque en doctrina de San Agustín: «Donde no hay caridad no puede haber justicia, porque el amor del prójimo no causa males, y si lo tuvieran, los cismáticos no desgarrarían el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.»

Corre por los periódicos la noticia de que va á ser presentado para el Obispado auxiliar de Madrid el joven y doctísimo P. Fr. Tomás Cámara, de la Orden de Agustinos filipinos.

Por lo mismo que le queremos con afecto entra-

ñable, con un cariño casi fraternal, no tratamos de ofender su modestia con un elogio que su envidiable reputación, ciertamente, no necesita. Que el implacable impugnador de Draper, el diligente y piadoso biógrafo del Beato Orozco, será un Obispo como lo exigen los presentes tiempos, no hay para qué decirlo. Si la noticia se confirma, como esperamos, y el humilde religioso, como hijo de obediencia, toma en su mano el báculo pastoral, quiera Dios darle salud inquebrantable, para que pueda realizar los impulsos de su ardiente y hermoso corazón de apóstol, hermanado en él con una inteligencia clara y limpia como la de un ángel.

**

Este número llegará á manos de nuestros lectores en los primeros días de la Semana Santa.

Aunemos nuestras oraciones en estos santos días en que se conmemora el misterio adorable de nuestra Redención, para que no se malogren en esta sociedad paganizada, los frutos inagotables de la sangre de Cristo.

Como el sol cuando cae la tarde va ocultándose al otro lado de nuestro horizonte, tiñendo con nubes rojas, como la sangre que empapa el campo de batalla, el cielo transparente de nuestras esperanzas; así la luz del Calvario va escondiéndose tras los horizontes de esta sociedad infiel, y las nubes rojas del socialismo, presagio de horribles catástrofes, se dilatan por el cielo de la verdad salvadora, preparándose la noche de un nuevo paganismo, como el que vino á desvanecer esa luz encendida en el infinito amor de un Dios hecho hombre, para redimirnos de las tinieblas y abrimos el camino de la luz increada.

Que la memoria de la Redención renueve entre nosotros sus frutos adorables, y la sociedad se levante de su lecho de dolor, sin tocar en las miserias de la muerte.

NULEMA.

CRÓNICA



CON XIII ha dado una nueva clarísima prueba de su ardentísimo deseo de que vuelvan los pueblos cismáticos de Oriente á la unidad católica.

En un Breve admirablemente pensado y magistralmente escrito, ha constituido en Roma un colegio armenio, destinado á formar sacerdotes nacidos en aquella región de Asia, para evangelizarla y atraerla de nuevo al buen camino.

El colegio armenio ha sido sabiamente colocado bajo la alta protección y vigilancia de la Sagrada Congregación de Propaganda, y ha recibido por supremo director al Emmo. Sr. Cardenal Hassoun, Patriarca que fué de los armenios unidos, varón apostólico en grado sumo.

Este establecimiento de enseñanza es digna corona del grandioso edificio levantado por el Pontífice reinante para la conversión de los cristianos que gimen en Armenia envueltos en las densas tinieblas de la herejía y del cisma.

Primero duplicó el número de misioneros que depositaran en aquellas tierras tan féculas del Asia la semilla del Evangelio, que fuera para las almas lo que son para los cuerpos después de los abrasadores huracanes del desierto las frescas brisas del Mediterráneo.

Luego colocó al frente del Episcopado armenio á Mons. Azariam, varón de clarísimo entendimiento, de consumada prudencia, de virtudes sólo aventajadas por los antiguos padres del desierto.

La Sublime Puerta, con un sentido político que deberían envidiar no pocos Gobiernos, favoreció las miras del Padre Santo, dejando en completa libertad la acción de los obreros apostólicos en las provincias armenias, tan codiciadas por Rusia unas, y las otras por Inglaterra.

Los hechos han probado que la acción del clero indígena da mayores resultados, cuando está dirigida con sabiduría y celo, que la de los misioneros extranjeros.

De aquí la institución del indicado colegio, del cual saldrán soldados inteligentes y valerosos, dispuestos á pelear las gloriosas batallas del Señor hasta el postrer aliento, y conocedores además del terreno en que van á propagar la fe católica.

**

Al comparar lo que sucede en Europa, donde los católicos de casi todos los reinos apenas tienen alientos para oponer débil resistencia al torrente desbordado de los errores modernos, cuando no acaban por transigir y acomodarse con ellos; al compa-

rar esto, repetimos, con lo que sucede en América, singularmente en los Estados Unidos del Norte, parecemos que el alma de la antigua Europa, el alma cristiana de este antiguo mundo decrepito y corrompido, emigra á aquellas lejanas regiones.

No ya en España, de la cual debemos apartar la vista en estos momentos, sino en Austria, en Hungría, en Irlanda, en Portugal, en Suiza, en Alemania, carecen los católicos de verdaderos centros de enseñanza superior, y Dios sabe cuántos esfuerzos cuesta al Episcopado de Bélgica y de Francia conservar los que crearon á costa de inmensos sacrificios.

En los Estados Unidos se ha tratado de constituir una Universidad católica, y en un brevísimo período de tiempo se han reunido cinco millones de pesetas para su instalación, y se han anunciado nuevos y cuantiosos donativos, si por ventura llegaran á ser necesarios para su sostenimiento.

Sabemos perfectamente que los católicos de Europa no poseen las fortunas que han logrado realizar muchos de nuestros hermanos de América; pero sabemos también que sin tanto dinero como han reunido nuestros hermanos de América, podrían fundarse Universidades católicas en Europa, y que no se fundan por la apatía, quizás no exenta de egoísmo, de los buenos.

**

La tempestad que se cernía sobre nuestros hermanos de Bélgica ha descargado al fin, causando males y desgracias de consideración.

El furor sectario de los liberales de aquel reino sólo puede compararse con el que se apoderó de los gobernantes de España desde el año 20 al 23, instrumentos como M. Frere-Orban y sus colegas, de las logias masónicas y demás sociedades secretas.

El partido liberal ha sido derrotado en la cuestión de enseñanza: las escuelas oficiales están desiertas ó poco menos, mientras las escuelas católicas apenas pueden contener el número inmenso de alumnos que á ellas concurren.

El sufrido clero belga, modelo de patriotas y de ministros del Señor, ha sido la principal causa de esta derrota de los liberales belgas, con su prudente, enérgica y decisiva conducta, digna del aplauso y de la admiración de todos los hombres de buena voluntad.

El Gobierno quería vengarse y se ha vengado del modo más ruin y miserable que podían hacerlo hombres sin conciencia.

En Bélgica, como en España, el Estado se incautó, digámoslo así, por más que esta palabra no sea la más propia, de los bienes del clero que malvendió y repartió como le dió la gana. En cambio de estos bienes ofreció pagar al clero una renta anual convenida por las dos potestades, por la espiritual y la temporal.

Hasta ahora ha cumplido el Estado belga con su obligación, si no tan bien como debía, por lo menos no tan mal como en otras partes.

Pero al discutirse estos días en la Cámara el presupuesto de cultos, algunos diputados pidieron que se rebajara la renta de los Obispos, que se suprimiera la que disfrutaban los Canónigos, que se disminuyera la cantidad destinada á reparaciones de templos, y por último, que se suprimieran unas quinientas vicarías.

No todas estas proposiciones fueron aprobadas, porque los doctrinarios temieron que el golpe así descargado les enajenara las simpatías hasta de no pocos indiferentes. Pero se dió el primer paso, que era ciertamente el más grave... y lo demás vendrá á su tiempo, si Dios no lo impide.

**

Hasta en las heladas regiones del Norte sirve el parlamentarismo para enardecer los ánimos en términos de originar grandes tormentas en las Cámaras legislativas.

Buena prueba es de ello lo que acaba de suceder en Suecia.

Las Cámaras aprobaron varios proyectos de ley que la potestad real en uso del derecho que le concede la Constitución, se negó á sancionar.

El Gobierno, que no está compuesto de ministros como los que con ruines amenazas han violentado en varias ocasiones la voluntad de monarcas españoles, se conformaron con el parecer del Soberano, y así lo declararon ante el Parlamento en medio de una tempestad de gritos y de ruidosas protestas.

El conflicto ante las Cámaras y el Gobierno es permanente desde entonces.

Ultimamente la osadía de la Cámara de los representantes ha llegado al extremo de pedir á la Cámara de los señores que se constituya en tribunal

de justicia para encausar y juzgar al Gobierno por haberse conformado con el uso que hizo el Rey de uno de los derechos que la Constitución le concede.

La discusión de este proyecto es vivísima, lo mismo en las Cámaras que fuera de ellas, en la prensa y en los clubs, y ha dado lugar á varios lances personales.

A todo esto el Monarca sigue con los brazos cruzados, sin disolver las Cámaras, y dejando que la ola revolucionaria suba.

**

El nuevo ministerio de M. Grevy ha logrado expulsar del ejército á los Príncipes de Orleans, sin que se conmoviera seriamente el edificio republicano, asentado en realidad sobre tan débiles bases.

Pero ¿qué ha conseguido con esto? No ha logrado ni aun acallar por quince días los gritos de los radicales, que piden nuevas reformas, mejor dicho, nuevas víctimas.

Por ahora se conformarían con la supresión del Senado, rueda que se atasca, según frase de Rochefort, é impide que el carro de la República ande con la velocidad debida.

Ultimamente han planteado la cuestión en la Cámara, y han sido derrotados. La mayoría ha convenido en que la revisión constitucional debe venir y vendrá; pero ha añadido que debe venir en sazón, cuando ya no sea un peligro para la República, cuando la agitación que produzca no pueda favorecer la vuelta de la monarquía.

La izquierda radical y la extrema izquierda no se han conformado con el parecer de la mayoría, y han organizado en toda Francia una inmensa agitación en favor de la revisión constitucional.

No pocos bonapartistas auxilian y favorecen esta campaña del radicalismo, unos por pesimismo y otros porque creen que el resultado de una revisión constitucional ha de traer necesariamente algún beneficio para su causa, lo cual en realidad nos parece absurdo.

No son sólo los radicales los que en estos momentos tratan de organizar grandes agitaciones en Francia.

Les apoyan y secundan hasta cierto punto, trabajando en realidad más por su causa que por la ajena, los anarquistas que tan bizarra muestra de su existencia dieron en Montceau-les-Mines, y los socialistas colectivistas, la fracción revolucionaria mejor organizada en París.

Unos y otros han tratado de organizar en la capital de la República una gran manifestación al aire libre, que el Gobierno ha hecho fracasar. Pero la lógica le obligará á admitir mañana lo que se ha negado á aceptar hoy.

Consuélese con esto anarquistas y colectivistas.

**

De Marsella acaba de salir una numerosa peregrinación francesa para visitar los Lugares Santos de la Palestina. El señor Obispo de Marsella la despidió en el puerto de aquella ciudad, y los peregrinos entonces tomaron entonces el *Magnificat*.

Esto sucedía por la tarde. Por la mañana los peregrinos habían edificado á los católicos de Marsella por la piedad con que visitaron el Santuario de Nuestra Señora de la Guardia y recibieron en la Catedral el Pan de los Angeles.

En el mismo periódico de París en que hemos leído estas noticias encontramos esta otra:

«En Nimes se está organizando una gran peregrinación popular á la Palestina. El Prelado de la diócesis ha reunido á los romeros de aquella ciudad, y les ha dado las instrucciones necesarias para que puedan sacar de la peregrinación el mayor provecho espiritual. La peregrinación quedará organizada en todo el mes de Marzo y podrá salir de Marsella á primeros de Abril.»

Hora es ya de que los católicos españoles imiten á los católicos franceses y acudan también en peregrinación á Palestina, ya que es este un excelente medio, no sólo de santificación, sino también de combatir la influencia que protestantes y cismáticos ejercen en toda la antigua Judea, y singularmente en Jerusalén.

D. ISERN.

EL JUEVES SANTO



L Jueves Santo, llamado por San Juan Crisóstomo el *gran día quinto*, y el *día de los misterios* en las iglesias de Oriente, además de la institución del sacerdocio por medio del sagrado crisma y del lavatorio de los pies, nos recuerda señaladamente la de la Sagrada Eucaristía. La celebración de este misterio es el

objeto principal de la festividad del Jueves Santo. Habiendo mandado Jesucristo á sus discípulos que lo renovasen en memoria suya, puede decirse que el origen de esta festividad sube hasta los tiempos de los apóstoles. A fin de celebrarla de una manera digna del misterio, que es la obra principal del Amor divino y el compendio de todas las gracias celestiales, puesto que contiene en sí al mismo Autor de la gracia, suspende la Iglesia el duelo en que se halla sumergida, entregándose al gozo espiritual debido á tan gran beneficio. Y en señal de regocijo, se canta el *Gloria in excelsis* en la misa del Jueves Santo.

Por mucho tiempo fué este día fiesta de precepto, y desde los primeros siglos se mitigaba el ayuno á causa de su gran solemnidad. En tiempo de San Agustín (Aug. ep. 118, ad. Januar. c. 17.), era costumbre que todos los fieles comulgasen en ella; los que ayunaban recibían la comunión por la tarde, y los que no podían ayunar, la recibían por la mañana. Pero considerando después la Iglesia que la festividad de la institución de la Eucaristía se hallaba como estrechada y reducida entre los días consagrados al recuerdo de la Pasión y muerte del Salvador, juzgó oportuno trasladar la fiesta particular del Santísimo Sacramento al jueves que sigue á la octava de Pentecostés; y el Concilio de Trento, reunido en 1549, redujo el Jueves Santo á la categoría de las medias fiestas, cuya observancia queda al arbitrio de la devoción de los fieles. La Iglesia, sin embargo, no deja de seguir honrando la Sagrada Eucaristía en los oficios de este gran día. En acción de gracias por este testimonio del amor de Jesucristo para con los hombres, se celebra la misa con toda la pompa que el dolor de la Pasión permite. No se da la paz como en otras festividades, por el horror que inspira el sacrilego beso que el traidor Judas dió á su Divino Maestro. Y si todos los sacerdotes, excepto el celebrante, se abstienen de decir misa este día, no es por motivos de tristeza y de duelo como el Viernes y Sábado Santos, sino para imitar mejor la Cena en que el Señor, al instituir la Sagrada Eucaristía, desempeñó por primera vez las funciones de sacrificador y fué el único celebrante.

Supuesta la significación de este santo día, debemos, conforme á las intenciones de la Iglesia, asistir á la Santa Misa con devoción especialísima, como que es el día del aniversario de su institución, y formar el propósito de seguir asistiendo en lo sucesivo á tan Santo Sacrificio con mayor devoción y piedad de la que antes habíamos tenido. Demos gracias al amoroso Salvador, porque no satisfecho con haberse ofrecido una vez en la Cruz por nuestros pecados, quiere además inmolarse diariamente en nuestros altares por mano de sus sacerdotes, para traernos á la memoria y aplicarnos los frutos y méritos del sangriento sacrificio de la Cruz. Tributémosle acciones de gracias, porque en este mismo día se dignó instituir el adorable sacramento de la Eucaristía, para unirse con nosotros por medio de la Sagrada Comunión hasta la consumación de los siglos y alimentar nuestra alma con su propio cuerpo y con su propia sangre. Lamentémonos del abuso que de tan extraordinaria gracia pudiéramos haber hecho, recibéndola sin las disposiciones necesarias, con tanta frialdad y con tan poca fe y deseo.

Alma cristiana, cuando fueres á visitar los santos sagrarios ó á andar las estaciones, harás bien en pedir perdón á Jesucristo por las muchas ignominias que durante su Pasión sufrió, tanto de parte de sus apóstoles, como del pueblo judío, de Caifás, de Pilatos y de Herodes, etc., y sobre todo por los muchos ultrajes que en la actualidad cometen en la Sagrada Eucaristía los cristianos irreverentes, los profanadores, los sacrilegos ó los herejes.

YO



Yo satánico, que tan duramente flagelaba Donoso Cortés.

El *yo*, ese ídolo que la moderna sociedad, menos idealista aún y menos elevada que el antiguo paganismo, ha sustituido á las creencias y al Dios de sus abuelos.

El *yo*, que he anatematizado tantas veces, negándole, no ya el incienso de la adoración, sino hasta el humo de mi cigarro.

Ese *yo* se me viene á la pluma, sin poderlo remediar, al trazar la primera línea de este artículo.

Quiero decir, con este exordio, que necesito hablar de mí.

Pero conste también que lo hago en uso de legítima defensa.

Cuando tuve la honra y la satisfacción ¿por qué no he de decirlo? de ser llamado á colaborar en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, viejo de edad, enjuto de ingenio, tartamudo de entendimiento y parálitico de

gracejo, me figuré que nadie se metería con este inofensivo emborronador de cuartillas.

Proponíame (y así se lo dije al ilustrado Director de esta revista y cariñoso amigo mío) hacer un ensayo de mis siempre exiguas, pero hoy extenuadas fuerzas, en el dinamómetro literario á que se me invitaba, y si el resultado era poco satisfactorio, retirarme de puntillas y sin hacer ruido, á fin de evitar-me el bochorno de la derrota.

Un Blas más ó menos — me decía yo — en esta tierra de *blas*, no puede llamar la atención de la gente.

Y así habría sucedido de seguro, si el elegante escritor que se oculta bajo el modesto pseudónimo de *Nulema* no hubiese tenido la cáustica humorada de sacarme á la vergüenza en el primer párrafo de su *Revista* del número anterior.

El diría: «Este Blas es manso, y mostrándole de frente, no hay gran riesgo en la exhibición.»

Y al dicho agregó el hecho. Y el hecho fué cogerme del ronzal (con perdón de ustedes) y decir al público: «Ahí tenéis un *blas* (porque estoy seguro de que lo diría con *b* minúscula) que nos ha salido del establo más viejo de nuestra literatura.»

¿Y qué hace el pobre Blas en este caso? Lo que haría cualquiera otra individualidad de su especie *quas natura prona atque ventri obedientia fixit*, como dijo un tal Salustio, que ni siquiera sería diputado por el distrito de Lacio; alzar con trabajo la agoviada cabeza, enderezar las mustias orejas y decir en su idioma nativo: «Muchas gracias.»

Y, como en toda presentación es de rigor improvisar un discurso aprendido de memoria dos días antes, vean ustedes como me encuentro en el caso de soltar mi *spich*... (creo que se escribe así, aunque no entiendo el significado. ¡Este pícaro idioma castellano se va poniendo tan difícil!)

Decía, señores... (Eh, ya he cogido la embocadura) que agradezco, pero no perdono, las frases con que *Nulema* me ha sacado á la plaza pública; frases que su bondad de carácter y su fina amistad han querido hacer benévolas, pero que, al tropezar con mis merecimientos, han resultado epigramáticas.

Tengo, señores, que cumplir un deber de cortesía; y este deber consiste en pagar; y este pagar no puede pasar de la categoría de deber; porque hay en mí un deber de egoísmo, un deber de conservación individual, mil veces más imperioso que el deber de la cortesía... Si esto no es lógica parlamentaria, que venga Dios y lo vea.

Debo dar gracias á mi amigo *Nulema* por sus frases que tan poca gracia me han hecho. Eso se dice muy bien; pero aparte de que *nemo dat...* (Ya lo iba á decir en latín; resabios de la erudición), aparte de que nadie da lo que no tiene, y yo no tengo gracias acuñadas, ni aun en moneda falsa, para darlas á los amigos, todavía si alguna tuviera, habría de reservarla para los pacientísimos lectores de mis artículos, que solo se parecen á los artículos de cualquier Constitución española en lo de ser *letra muerta*.

Y puesto que en éste, si ha de justificar su título, sólo puede tratarse de *yo*, y por si los suscritores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA han podido presumir que este Blas les va á traer á lomos una carga de escritos de alta novedad, ó siquiera algún fardo de confecciones amenas, festivas y discretas, bueno será (y aunque no fuera bueno, mi conciencia me lo impondría) hacer algunas declaraciones que destruyan esa prevención injustificada y fijen someramente el carácter de mis escarceos literarios, por si han de continuar en lo sucesivo nuestras mutuas relaciones.

Ya he dicho que soy viejo, y aunque me haga poco favor, debo añadir que soy un viejo marrullero, poco impresionable, algo desengañado del mundo, bastante suelto de lengua y muy dado á mirar los acontecimientos, los hombres y las prácticas sociales por su lado cómico y por su cara grotesca.

Veo las cosas á mi manera, las analizo á mi modo, saco las consecuencias que me acomoda y las expongo en el estilo y bajo la forma que primero se me ocurre.

Tal vez al encontrarme frente á frente con un grave personaje que va por esos mundos pregonando respetabilidad, me río por dentro, porque conozco la mercancía y sé cómo la fabrica.

Tal vez las carcajadas de los espectadores me atraen á algún circo político ó filosófico, donde algunos *clowns* (no digamos payasos, que es de mal tono) entretienen al público haciendo gimnasia objetiva ó subjetiva, escamoteando sanas ideas para transformarlas en utopías extravagantes, haciendo juegos malabares con brillantes paradojas, y ejecutando pantomimas en que el sentido común sale siempre apaleado. La gente se ríe, y yo... suelo llorar de indignación.

Tal vez asisto á un parto... no se escandalicen

ustedes, al parto de un ingenio que ha engendrado allá en las más recónditas fibras de la *sustancia gris* de su cerebro una obra dramática espeluznante que hace estremecer hasta á los usureros, y conmueve los corazones hasta de los críticos. Todo el mundo se anonada, todas las almas se acongojan, todos los pechos se oprimen, todos los cabellos se erizan, todos los nervios se crispan... Pues yo me río, no lo puedo remediar.

Tal vez concurre á un baile que da mi vecino del principal, el opulento, etc. D. Crisanto. Veo magníficos vestidos, soberbias desnudeces, brillantes tan límpidos que parecen lágrimas de la honra; flores de trapo y pudores de lo mismo; gargantas y hombros que parecen de alabastro y sólo son de escayola; fraques monótonos y sonrisas uniformes; músicos que tocan; parejas que bailan íntimamente enlazadas; mucha animación, mucha alegría en los semblantes, mucho fuego en las miradas, mucho frío en los corazones... Todos se divierten; yo me aburro...

Me parece que bastan estos ejemplos para que me den ustedes la patente de viejo ridículo y excéntrico.

Este soy *yo*... y punto redondo, puesto que lo dijo

BLAS.

¡DOLOROSA!...

¡Pobre Madre! Está llorando

Al pie del santo madero;

El pueblo murmura fiero

Por la montaña girando,

Y ruge la mar hinchada,

Y el huracán se embravece,

Y el mundo entero estremece

Las bóvedas de la nada.

¡Pobre Madre! Ante los sonos

De sus acentos divinos,

Tiemblan de los asesinos

Los cobardes corazones.

Y el ángel llora y se arredra,

Gimen los mares inquietos,

Y se alzan los esqueletos

Sobre sus tumbas de piedra.

Porque es tanta la aflicción

De la Madre angelical,

Que llora el mismo puñal

Al romper su corazón.

Ella suspira sin calma

Mirando al hijo en la muerte...

Cada lágrima que vierte

Es un pedazo del alma.

Porque ella le vió nacer

Sus ensueños realizando;

Ella le durmió cantando

Las endechas del placer.

Ella, con ansia divina,

Dejó sus plácidos lares;

Cruzó de Judá los mares;

Las cumbres de Palestina,

Y siempre del Hijo en pos,

Le siguió amante y serena

Como sigue el alma buena

La sombra santa de Dios.

.....

Hoy... ¡pobre Madre!... lo mira

Sobre el Gólgota sangriento,

Suspiros lanzando al viento

Que en torno del árbol gira.

Lo mira triste llorando

Por el pueblo su asesino;

Y oye su acento divino

«¡Perdón! ¡perdón!» murmurando;

Ve su sien desgarrada

Por las espinas crueles;

Ve marcados los cordeles

En sus manos veneradas.

Y si oye, de su ansia en pos,

Del pueblo el acento fijo,

Ve que le matan al Hijo

Por el crimen de ser Dios.

.....

Templo que gloria respira;

Arca de santo tesoro;

Cáliz que recoge el lloro

Del pecador que suspira;

Celeste y cándido lirio

Por los ángeles cuidado;

Puro clavel perfumado

Con la esencia del martirio;

Yo vengo, Madre, á besar

Las estrellas de tu manto;

Vengo á regar con mi llanto

Los mármoles del altar.

Yo padezco á tu dolor;

Lloro al mirar tu agonía;

Yo tengo por tí, María,

Rico manantial de amor;
 Dame tu aliento fecundo;
 Quitá el mal de mi memoria,
 Y yo cantaré tu gloria
 Para el cielo y para el mundo.

B. LÓPEZ GARCÍA.

MESÍADA DE KLOPSTOCK

§ I. — FRAGMENTO DEL PRIMER CANTO

El Mesías pasa la noche haciendo oración en el monte de las Olivas, y renueva á su Padre la promesa de completar la obra de la redención.

No lejos de Jerusalén se alza una montaña que ya más de una vez ha recibido en su alta cima al Salvador del mundo, que iba á pasar en ella noches enteras en piadosas meditaciones, y á descansar de las innumerables angustias que la frágil vestidura mortal hace experimentar al alma que cautiva, aun cuando este alma es un Dios.

El crepúsculo cubre las colinas de las cercanías, y Jesús se encamina hacia el monte de las Olivas; Juan el Evangelista lo ha seguido, pero se detiene junto á las sepulturas. Allí el santo Apóstol va á consagrar la noche á la oración, porque su maestro le prohíbe que le acompañe más allá.

Solo y sondando el abismo de la eternidad con toda la fuerza de su pensamiento divino, sube el Mesías á la cumbre de la montaña. Su cabeza se rodea de una aureola celestial, reflejo del sacrificio que va á consumarse. Las altas palmeras le prestan su sombra: un soplo misterioso, precursor de la cercanía del Eterno, agita su cabellera.

Gabriel, el ángel enviado al mundo para servir al Hijo de Dios durante su destierro, está en pie entre dos majestuosos cedros. Estaba pensando en la inefable felicidad que en fin han de gozar los hombres, cuando ve al Salvador adelantarse lentamente hacia él. El serafín sabe que no está lejos el solemne y terrible día que ha de redimir los pecados del mundo, y este pensamiento inunda su alma de una satisfacción mezclada de tristeza.

— ¡Oh divino Señor mío! — le dice en voz baja — ¿tiene necesidad de descanso tu cuerpo rendido? ¡Mira! Para dar sombra á tu inmortal cabeza, extiende el cedro su verde copa: para recibir tus cansados miembros el álamo doblega sus flexibles ramas. Al pie del monte, en las grietas de las peñas donde duermen los muertos, crece un suave y perfumado musgo: ¿quieres que tu siervo te disponga con él un blando lecho? ¡Hijo del Eterno, el cansancio, el dolor están estampados en tu divino rostro! ¡Ah! ¡Cuánto sufres en esta tierra por amor á los hijos de Adán!

El Mesías no responde más que con una mirada que encierra todas las bendiciones del cielo, y sube penosamente á la última punta de la roca más cercana á las nubes, más cercana á Dios. Se prosterna, hace oración, habla á su Padre.

A los sonidos de la voz de Jesús, la tierra palpita de esperanza. No es ya la voz poderosa y terrible del anatema la que le llega de las regiones celestiales; es el dulce acento del Salvador prometido, que implora por ella y que le vuelve una parte del esplendor con que brillaba cuando todavía no la había mancillado el pecado de su primer hombre.

El pensamiento del Mesías y de su Padre sondea las profundidades de lo infinito, y estas palabras salen en fin de los labios mortales de un Dios:

— Ya se acerca ¡oh Padre mío! los días de una eterna y santa alianza; los días del cumplimiento de una grande obra, decidida desde el instante en que, de acuerdo con tu Hijo, concebiste la creación; en que, en el silencio de la eternidad, nuestras miradas, cruzando el tiempo y el porvenir, descubrían á los hombres reducidos á polvo por el pecado, á los hombres que todavía no existían, y que nosotros habíamos creado para la inmortalidad. Yo veía sus desgracias, sus padecimientos. ¡Tú, Padre mío, Tú veías mis lágrimas, y prometiste encarnar segunda vez la imagen de tu divinidad en el hombre degenerado! ¡Tú sabes, Padre mío; los cielos saben también cuánto he anhelado desde aquel instante mi humillación! En el día me creo feliz: treinta y tres años hace que soy hombre. Muchos justos se me han unido; pero es preciso salvar al linaje humano. Aguanto tu sentencia. Ya me eche entre los muer-

tos, ya me reduzca á cenizas, todo lo soportaré con respeto, con sumisión. Ningún ser creado es capaz de comprender tu clemencia ni tu cólera: ¡sólo Dios puede reconciliar á Dios! ¡Prepárate, Juez del Universo! Todavía soy libre, todavía puedo volver á los cielos: el coro de los ángeles me llevaría á ellos en triunfo. ¡Por segunda vez me ofrezco! ¡Mi frente prosternada se eleva hacia la tuya; mi mano toca las nubes; lo juro por mí mismo, que soy Dios como Tú; quiero redimir los pecados del mundo!

La voz del Eterno responde, inteligible sólo para el Mesías:

— Yo extendiendo mi cabeza sobre el universo, mi brazo sobre lo infinito. Lo he jurado, hijo mío, Yo que soy el Eterno: los pecados del mundo serán redimidos.

Dice y calla.

Un dulce estremecimiento agita á la naturaleza; un santo éxtasis se apodera de todos los moradores del cielo... En el fondo de los infiernos ruge la tempestad.

Segunda vez fija el Eterno sobre el Mesías sus miradas, donde brilla la terrible sentencia del juez inexorable; pero una sonrisa de inefable bondad, de tristeza divina, mitiga aquella tremenda severidad; una sonrisa y una lágrima diáfana, inmensa, una lágrima del Eterno!... ¡La segunda que los cielos han visto relucir en el párpado de su Criador!... ¡Su primera la derramó cuando el pecado de Adán perdió al linaje humano!

LOS SAGRARIOS

Y EL SANTO SEPULCRO

El vizconde de Walsh deplora la falta de uniformidad que se nota en las diferentes iglesias para decorar la capilla ó sagrario, donde por espacio de dos días está depositada la Sagrada Hostia. «En unas ciudades, dice, este altar es lúgubre como un sepulcro; en otras, adornado con flores y profusión de luces como la custodia el día del Corpus. Lo digo con cierta timidez, pero me parece que sentaría mejor la unidad que esta desemejanza que puede causar extrañeza, porque si el objeto de la ceremonia es recordar la muerte, mejor sería que lo exterior se asemejara en todo á un sepulcro. — Hoy, en particular, que á todo quiere darse su aspecto histórico y verdadero, ¿no sería fácil que cada iglesia arreglase el Jueves y Viernes Santos alguna capilla conforme al exacto modelo del Santo Sepulcro de Jerusalén, tal como lo conquistaron los cruzados y como en la actualidad se conserva?

«Poco dispendiosa sería esta representación, verdadera y exacta, de la parte más sagrada de los Santos Lugares; y no sé si me equivoco, mas parece que la piedad ganaría con esta copia fiel. La losa del sepulcro sería el altar que contuviese las sagradas especies, cubiertas con un velo en forma de sudario, y las lámparas que constantemente arden en el Santo Sepulcro de Jerusalén, enviadas como ofrendas por todos los Soberanos de la cristiandad, no serían difíciles de imitar y derramarían una misteriosa luz en torno de la Sagrada Hostia: veríase allí también la piedra donde el ángel vestido de blanco y radiante de esplendor se apareció á las santas mujeres. No es de excesivas dimensiones este Santo Sepulcro, que hizo tomar las armas á una parte del mundo, y levantó millones de guerreros para ir á librarlo de las profanaciones de los infieles. Este sepulcro, abierto en una roca, se asemeja á una pequeña habitación cuadrada, de ocho pies y una pulgada de altura desde el suelo hasta la bóveda, de seis pies y una pulgada de ancho, y de quince pies y diez pulgadas de largo.

«Entrase en este reducido espacio por una puerta muy baja, que se cerraba con una piedra de la misma roca que la del sepulcro, sobre la cual pusieron su sello los príncipes de los sacerdotes creyendo que así podrían retener á su víctima en las sombras de la muerte... Los aficionados á ocuparse en el adorno de nuestras iglesias quizá se disgustarían si se realizara este proyecto, porque no podrían desplegar entonces todos los años los tesoros de su imaginación; pero persuádome que llegarían á consolarse de su tristeza si el pueblo cristiano, si la muchedumbre de los fieles, tuviera medio para ver así fielmente representado el lugar más santo y más sagrado que hay en el globo; el lugar que desde lejanas tierras venían á ver los monjes y los anacoretas; el lugar que los religiosos de diferentes naciones custodian hoy, á veces con peligro de sus vidas.»

No podemos menos de asociarnos á estas palabras del vizconde de Walsh. Si reflexionamos en lo que la historia eclesiástica nos refiere acerca de la

piedad con que nuestros padres veneraban el sepulcro del Divino Salvador, debemos confesar que es sensible no ver hoy su representación en todos nuestros templos. Santa Elena, madre del emperador Constantino, impulsada por su veneración al Santo Sepulcro, hizo construir sobre la gruta que había encerrado el cuerpo de Jesús, una magnífica iglesia que tardó seis años en acabarse. Más adelante, Santa Paula, nieta de los Escipiones, iba frecuentemente á aquel paraje para dar gracias al Señor por su amor hacia los hombres. Cada vez que venía á este sitio, dice San Jerónimo (Epíst. 72), besaba la piedra que está á la entrada, y pasaba después, llena de amor y de confianza, al interior de la gruta, donde besaba también respetuosamente el sitio en que había reposado el cuerpo de Jesucristo. — Cada vez que esta santa señora se acercaba á la Sagrada Mesa, pensaba en el sepulcro de su Redentor, diciéndose á sí misma: «Señor, vuestro sepulcro era enteramente nuevo y nadie había sido sepultado en él. Mas, ¡ay de mí! que me preparo á hacer sepulcro vuestro mi corazón; y este sepulcro es viejo é indigno de vos; ha sido hartas veces refugio del pecado y morada de muchos malos deseos. ¡Oh, buen Jesús mío, venid y purificad de todo pecado este corazón para transformarlo en un sepulcro nuevo, que no sea enteramente indigno de vuestro sagrado cuerpo!»

Por más que hagamos, nuestro corazón no será nunca sino un sepulcro, en que Jesús se digna tomar morada; preparémosle, pues, á lo menos, un sepulcro nuevo, apartando de nosotros el pecado y todo afecto á los perecederos bienes de esta vida.

ANTE UNA CRUZ

SONETO

De ese madero, ignominioso un día
 Y hoy timbre de valientes y de sabios,
 Apurados del hombre los agravios,
 La salvación universal pendía.

En rábida fiera el populacho ardía,
 Y, lejos de apiadarse, de sus lábios
 No acentos de piedad, ni desagravios
 Brotan, mas voz de bárbara alegría.

Míralo El que es prodigio de ternura,
 Y al Padre á quien pidió fuerza y consuelo
 Demanda su perdón, y por su hechura

Vela de entónces con doblado anhelo.
 ¡Cuán ingrata y feroz la criatura,
 Y cuán grande y sublime el Dios del Cielo!

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

EL TEMPLO DE JERUSALÉN

JERUSALÉN era un campo sembrado: dos hermanos poseían la parte de terreno donde luego se elevó el templo; uno de aquellos hermanos estaba casado y tenía varios hijos; el otro vivía solo: entre los dos cultivaban la heredad que les había dejado su padre. Cuando llegó el tiempo de la siega, los dos hermanos ataron sus gavillas, é hicieron con ellas dos montones iguales que dejaron en la era. Por la noche el hermano soltero tuvo un buen pensamiento, cual fué decirse entre sí: «Mi hermano tiene hijos y esposa que mantener, no es justo que mi porción sea tan grande como la suya; ea, tomemos de mi montón algunas gavillas que añadiré en secreto á las suyas; él no lo notará, y no podrá rehusarlas.» Y lo hizo como lo había pensado. Aquella misma noche el otro hermano se despertó, y dijo á su mujer: «Mi hermano es joven, vive solo y sin compañera, no tiene quien le ayude en su trabajo, y le consuele en sus penas, conque no es justo que saquemos de la heredad común tantas gavillas como él; levantémonos y llevemos secretamente á su montón cierto número de gavillas; él no lo notará mañana, y así no podrá rehusarlas;» y lo hicieron como lo habían pensado. A la mañana siguiente ambos quedaron muy sorprendidos al ver que los dos montones eran siempre iguales; ni uno ni otro podían darse interiormente cuenta de este prodigio; lo mismo siguieron haciendo durante varias noches seguidas; pero como cada uno de ellos llevaba al montón de su hermano el mismo número de gavillas, los montones quedaban siempre iguales, hasta que una noche, habiéndose puesto ambos en acecho para averiguar la causa de aquel milagro, se encontraron llevándose las gavillas que se destinaban mutuamente. Y como el sitio en que tan buen pensamiento se les había ocurrido al mismo tiempo y con tanta perseverancia á dos hombres, debía ser

1 Nació Federico Klopstock en Quedlimburgo en 1724, y murió en Hamburgo en 1803. Puede decirse que consagró toda su vida al poema la *Mesíada*, compuesto de veinte cantos. Está escrito en alemán. Puede juzgarse de la elegancia de su estilo por el trozo que hoy publicamos, tan propio para dar variedad á los artículos religiosos que en estos días publica toda la prensa.

un sitio agradable á Dios, los hombres le bendijeron, y le eligieron para edificar en él una casa de Dios.»

Esta hermosa tradición, que se ha conservado como una flor del desierto bajo la negra tienda del árabe, manifiesta el profundo respeto que este pueblo, descendiente de Ismael, profesaba á la casa del Dios de Abraham. Sabido es que el rey Salomón, aquel sabio Monarca cuyo nombre se ha unido á todas las leyendas maravillosas de los orientales, hizo de ella el diamante del mundo asiático. Allí prodigó el oro de Ofir, los perfumes de Sabá, el bronce que las flotas de Tiro, la reina de los mares, cuyos mercaderes eran Príncipes, iban á buscar en bárbaras playas, y la plata, aquel metal tan común entonces, que se le reputaba por vil. Aquel gran Príncipe supo unir el respeto á la magnificencia en la construcción de la morada del Altísimo: el templo de Adonai-Jehová, la casa de la oración se elevó silenciosamente y con una maravillosa rapidez sobre sus anchas bases de mármol; el sordo ruido del martillo, el agudo rechinar de la sierra, la ronca y atornadora voz de los jornaleros no circularon por sus sagrados atrios y sus suntuosos peristilos. Todo se hizo religiosamente y en silencio, como corresponde á creyentes que erigen un templo al verdadero Dios¹. Y aquel templo era magnífico, verdaderamente deslumbrador². Sus artesones de cedro, sus puertas de madera de olivo, delicadamente esculpidas por un cincel fenicio, estaban cubiertas de láminas de oro, prendidas con clavos del mismo metal: sus columnas, semejantes á altas palmeras, dejaban pender brillantes granadas, retenidas por ligeras labores caladas. En todas partes relucía el oro en el altar de los perfumes, en la mesa de los panes de proposición, en los querubines que velaban el arca con sus extensas alas: la bóveda estaba chapada de oro, los pisos estaban cubiertos de lo mismo, los candelabros y todos los vasos sagrados eran de oro; recortábase éste en pomposos follajes alrededor de las columnas de cedro, incrustábase en la madera perfumada de las arpas, y se achataba en macizas planchas: la sola cubierta del propiciatorio con que se tapaba el Arca de la Alianza tenía un palmo de espesor.

Pero el templo de Salomón encerraba maravillas mucho más notables que estas riquezas perecederas. La eschekina, aquella blanca nube que anunciaba la presencia divina, el arca que contenía las Tablas de la Ley dada en el monte Sinaí, la cantarilla de

oro llena del milagroso maná que sustentó á las tribus en el desierto, la rama de almendro cuyas flores y frutos, que una noche había hecho nacer y madurar, habían dado el sacerdocio á los Aaronidas, el óleo de unción que imprimía á los sacerdotes y á los Reyes el augusto carácter de *ungidos* del Señor, y que una vez apurado, no se volvería á renovar: el fuego sagrado, encendido sin auxilio humano en el altar de los holocaustos, y conservado día y noche con religioso desvelo, todo estaba allí; así es que nada faltaba á la santidad de aquel templo que servían veinticuatro mil sacerdotes y treinta y ocho mil levitas¹.

Todo este esplendor pasó como una visión nocturna: treinta y cuatro años después de la fundación de aquel majestuoso santuario de que había hecho su morada el Santo de Israel, el egipcio Sesac, atraído por la sed de las conquistas y la codicia del oro, se precipitó sobre la ciudad de David como el

interior evaluada en muchos centenares de millones de nuestra moneda!

Ningún templo de la antigüedad ha tenido fortunas más variadas que aquel primer templo de los judíos. Reparado y embellecido por los Príncipes piosos que ocupaban de tarde en tarde el trono de David y de Salomón, veíase profanado y saqueado por sus indignos sucesores que desertaban del altar de los holocaustos por quemar un sacrilego incienso en el valle de Ben-Ennón, y bajo los árboles *cargados de hoja*. Unos, después de haber enriquecido á Baal con los despojos del Dios de Jacob, colocaban sus ídolos *chapados de oro* hasta en los atrios de la Casa Santa: otros cerraban rabiosos, después de una derrota, el templo del Dios de los ejércitos, y sacrificaban públicamente en honra de los dioses del vencedor. Casi arruinado estaba el templo en tiempo de Josías, cuando todo Israel contribuyó liberalmente á restaurarlo: en aquella época se llevó

á el Arca de Alianza que los levitas habían sacado para sustraerla á las profanaciones de los idólatras: esta es la última vez que se hace mención del Arca en la Escritura.

Jerusalén, después de haber cebado su espada en la sangre de los profetas, se durmió en la impiedad y se complacía en sus sueños; pero se despertó al estruendo de la carnicería. El Caldeo traído por caballos *más veloces que las águilas*, cargó de cadenas á sus Príncipes, desgarró su cintura de torres, y se llevó á su pueblo cautivo: el templo fué asolado, y la meseta de la montaña santa quedó más desierta y triste que cuando no era aun más que el pedregoso nido de Areuna el Jebuseo.

¿Qué fué del Arca del Señor? Nadie lo sabe: los doctores de la sinagoga no están de acuerdo sobre este punto. Unos dicen que Jeremías, el profeta de las siniestras predicciones, la depositó secretamente en una cueva de las montañas, donde está todavía¹; otros quieren que el rey Josías, prevenido por Holda, la profetisa, de que en breve sería el templo reducido á cenizas, escondiera su precioso depósito bajo una bóveda subterránea que Salomón había hecho construir por inspiración divina para aquellos tiempos de calamidad. Sea de esto lo que fuere, el Arca no volvió á parecer, y las Tablas de la Ley aparecieron con ella.

Los campos de Israel estaban despoblados; los judíos que quedaban en las campiñas eran,

según lo había vaticinado Isaías, como las aceitunas olvidadas en los olivos después de la cosecha, como los racimos que quedan en las cepas después de la vendimia. Jerusalén yacía como un cadáver herido en el corazón por una flecha asiria; la desolación reinaba en sus colinas, y el chacal aullaba por la noche en el monte Moria en medio de las ruinas de aquel templo que los Hebreos pedían á Dios suspen-

¹ El Arca de la Alianza era un cofrecillo de 3 pies y 9 pulgadas de largo, de 2 pies 3 pulgadas de ancho, y 2 pies 3 pulgadas de alto. Las dos Tablas de la Ley, así las que habían sido rotas, si hemos de creer á los rabinos, como las que se conservaban enteras, estaban guardadas en él. Los rabinos ponen en duda si la vara de Aarón, la cantarilla de maná y el volumen original de la Ley, estaban también en el Arca. San Pablo está por la afirmativa, y lo mismo piensan Abarbanel y Levi-Ben-Gersón.

SEMANA SANTA.



LA ADORACIÓN DE LA CRUZ AL PIÉ DEL MONUMENTO.

buitre sobre su presa. Los espléndidos ornamentos con los tesoros de los reyes de Judá se cargaron sobre camellos y se transportaron al otro lado del istmo: Roboán, aquel descorazonado heredero del Monarca más grande del Oriente, vió como se llevaba aquella caterva de egipcios, de trogloditas y de ladrones de las orillas del Nilo, hasta el broquel de su padre. Algunos años después, Abia, hijo y sucesor del Rey vencido, decía á los de Samaria: — «Tenemos una mesa *muy lisa* donde se exponen los panes de proposición, y el candelero de oro de siete brazos que se enciende por la tarde...» ¡Esto es todo lo que había quedado de una decoración

¹ Este templo de Salomón es aquel que Voltaire trataba de iglesia de lugar. Bueno será añadir que este crítico se encogía de hombros cuando le ponderaban las pirámides, y que trataba á los egipcios de *despreciables albañiles*.

¹ Cuando se edificó la casa, se construyó con piedras que ya estaban labradas, de modo que no se oyó en la casa ni martillo, ni hacha, ni el ruido de ningún instrumento. (Reyes, cap. VI, vers. 7.)

² La gloria del templo de Salomón no consistía en el templo mismo, y menos todavía en su grandeza, porque no era más que un pequeño conjunto de construcciones que no tenía más que 150 pies de longitud, sobre igual anchura, y la mayor parte de nuestras iglesias tienen más. Su esplendor consistía en sus ornamentos, que eran de una riqueza inaudita, y en sus construcciones exteriores; el patio en que estaba situado el templo, y el que había fuera, y que se llamaba el patio de las mujeres, estaban rodeados de edificios y de pórticos magníficos; las puertas que conducían á ellos eran también sumamente bellas y suntuosas.



ARTE MODERNO.



JESUCRISTO EN CASA DEL FARISEO

Cuadro de J. W. Lawson

Pero la desgracia había producido sus frutos: el alma de los cautivos de Judá se había templado realmente en las amargas aguas de la adversidad: desde el fondo del abismo habían clamado al Señor detestando las abominaciones que les habían acarreado aquel castigo tan duro, pero tan justo. Toda su esperanza estribaba entonces en aquellos oráculos á cuyos autores habían dado muerte, y que les prometían, al cabo de sesenta años, un glorioso restablecimiento: y la hora de la venganza y de la libertad, la hora anunciada por los profetas llegó en fin. Babilonia, la altanera, de que se enorgullecían los insolentes Caldeos, *fué tratada como Sodoma y Gomorra*. Cayó con todos sus dioses en medio de la algarazara de los festines y el último de sus Monarcas descendió, con una muerte sangrienta, á los infiernos donde las sombras de los reyes muertos le recibieron con ultrajes. El ojo de Isaías le había seguido hasta las profundidades del *Scheol*.

Dueño de todo el Oriente, con la toma de Babilonia, Ciro, elegido por Dios para ser el libertador de su pueblo y el segundo fundador de su templo, puso manos á tan grande obra el año mismo en que empezó el imperio de los Persas. Quiso que el templo de aquel á quien llamaba *el Dios del cielo*, se reedificase á sus expensas y aun con los tesoros de sus ahorros; luego, como lo había predicho el profeta Anathot, envió á los judíos á su patria restituyéndoles los vasos de oro y de plata consagrados al culto, que les habían robado los Asirios.

Zorobabel, de la tribu de Judá y de la sangre de los reyes, acompañado de Jesús, hijo de Josedec, Soberano Pontífice, dirigió en su marcha á los cautivos de Sión. Las tribus cismáticas se habían ya confundido con los pueblos de Asiria, y olvidaban las umbrías alturas del monte Guarizim en la orilla de los ríos del destierro; pero las de Judá acudieron de tropel á la primer llamada. — ¡El templo! ¡el templo! Este grito mágico las arrancaba de los confines del Asia; las mujeres, los niños, los ancianos se desplegaban en el desierto en largas caravanas: caminaban sin armas, sin escolta, confiados en el Dios de sus padres, en el Dios cuya casa iban á reedificar; caminaban sin ningún temor; y el Santo de Israel no permitió que quedase burlada aquella confianza.

Alzóse de nuevo el altar, reedificóse el templo; pero ya no era este aquella casa de oro y de cedro que conservaba hasta en su decadencia, un aspecto de grandeza y de majestad sobrehumana. Todo faltaba en aquel nuevo templo; á pesar de la buena voluntad de Ciro, no se sabía donde paraba el Arca: el fuego sacro se había apagado: el óleo de unción, compuesto por Moisés para consagrar á los sacerdotes y los vasos del templo, óleo que formaba parte esencial en la consagración de los reyes de Judá, se había perdido sin esperanza de recobro; el espíritu profético no expedía ya más que moribundos resplandores, y en fin, la gloria del Señor no se había manifestado en el santuario como en los días de Moisés y de Salomón. Los ancianos se golpeaban el pecho, y se deshacían en llanto á la vista de aquella casa tan pobre en apariencia, y tan decaída en santidad; pero el profeta Ageo reanimaba su valor anunciándoles, de parte del Altísimo, que la gloria de aquel segundo templo eclipsaría la del primero, pues el mismo Mesías se dignaría santificarlo con su presencia.

Lentamente se reedificó el templo bajo el yugo de los Persas. Los judíos, tan propensos á la idolatría, habían conservado la memoria de su dispersión, y caminaban en la senda de los mandamientos del Señor; ya no había sacrificios á Baal sobre los techos de sicomoro, ni tortas ofrecidas, al salir la luna, á la reina de las sombras, la Astartea fenicia, ni libaciones sobre la piedra del torrente ó bajo el follaje del terebinto. En todas las ciudades de los hebreos se alzaron sinagogas, en que se explicaba la ley al pueblo, y se hacía oración á la hora del sacrificio perpetuo de la mañana y de la tarde, volviéndose hacia el punto del horizonte donde estaba situado el templo; pero Judá no tenía más que un altar, y no servía más que á un Dios ¹.

La Judea permaneció sosegada y fiel al Señor bajo el dominio de los Persas que, enemigos declarados de la idolatría, estaban muy distantes de querer inducir á ello á sus provincias tributarias. Aquel sosiego, amenazado un momento por Alejandro de Macedonia, continuó bajo sus primeros sucesores,

hasta que Antioco el Ilustre, que reinaba como un insensato furioso, volvió sus armas contra los judíos, y emprendió arruinar el templo, la ley de Moisés y toda la nación. Por orden suya los libros de la Ley fueron arrojados al fuego, y el ídolo de Júpiter Olímpio usurpó el altar del Dios vivo.

Pocos años después, un ejército coronaba, por el lado del Norte, las alturas que rodean la ciudad santa, llevando en pos de sí una multitud de cautivos y de camellos cargados de oro, de plata y de púrpura; las cortas y aceradas espadas que pendían sobre los muslos de sus soldados estaban aún teñidas de sangre. Aquellos soldados no eran Sirios, porque cantaban himnos de acciones de gracias bien conocidos de los ecos de la Judea, y luego, encima de sus yelmos y del bosque de acero de sus lanzas, ondeaba el estandarte verde esmeralda de Judá con esta divisa religiosa escogida por los Asmoneos: *¡Quién como tú, oh Eterno!* Un pequeño escuadrón de guerreros se abrió paso hasta el monte Moria: sus clámides se enredaban en las enramadas de granados, de olivos silvestres y de espinos que crecían en derredor de los ídolos griegos; altas yerbas se mecían en los sonoros atrios; sobre los pavimentos de mármol rastreaban densas zarzas; las puertas del templo estaban medio abrasadas sobre sus goznes de bronce, y las lluvias de los equinoccios ¹ habían penetrado libremente hasta en medio del santuario.

Al pie de las derruidas paredes del templo estaba Jerusalén, muda como la esclavitud; la bandera de la servidumbre, enarbolada sobre su más alta torre, ondeaba sobre sus silenciosas ruinas ².

Los heroes de Israel rasgaron sus vestiduras, y hundieron sus frentes en el polvo á la vista de aquella escena de desolación; el llanto corría copioso sobre sus mejillas tostadas por el sol oriental. El hijo de Matatías, Judas, el valiente capitán, lloraba también apoyado con ademán sombrío en su victoriosa lanza.

Sacerdotes sin mancilla purificaron el templo que Judas hizo fortificar; demolióse el altar de los holocaustos manchado con sacrificios profanos, y se construyó otro de piedras *sin labrar*, conforme al tenor de la ley. Los despojos de los griegos y de los sirios se emplearon en hacer un candelero de oro, un altar de los perfumes, una mesa para los panes de proposición, y en fin, los vasos y los utensilios sagrados necesarios para el culto hebraico. Hecho esto, los sacerdotes encendieron las lámparas, suspendieron los velos, ofrecieron holocaustos, y de nuevo se dedicó el templo al eco de los cánticos y al sonido de las liras y de las arpas.

El pueblo, prosternado de bruces en el suelo, adoraba al Señor y rompía el viento con sus gritos de júbilo.

Y la casa de Jehová tuvo aún días gloriosos á la sombra de la espada de los príncipes Asmoneos, familia de heroes que libertó á la Judea y mereció el cetro que no separó de la dignidad de soberano sacrificador.

Los romanos bajo el mando de Pompeyo, aprovechando un día de sábado en que el temor de violar la ley ataba los brazos á los hebreos, se apoderaron de la casa Santa. Mientras perecían degollados sus hermanos desarmados, los sacrificadores desplegaron un valor heroico. Los pies en la sangre, la cabeza bajo la espada, en medio de los furiosos gritos de los vencedores y del estertor de los moribundos, siguieron desempeñando su sagrado oficio y entonando sus himnos de alabanza. El acero de los romanos derribó filas enteras de ellos, que caían una sobre otra como las hileras de mieses que caen simétricamente bajo la cortante hoz del segador; los que quedaban en pie proseguían impávidos su servicio al rededor del altar: era un espectáculo atroz, pero sublime, ver aquel furor por una parte, y por otra aquel frío desprecio de la muerte. El mismo caudillo romano dió elogios á las víctimas que hizo sacrificar. Pompeyo se contentó con la sangre de los sacerdotes; otro robó el oro; el templo fué saqueado al paso por Craso, que iba á guerrear con los Parthos, y que se llevó por valor de doscientos millones de nuestra moneda, sin contar una viga de oro macizo que Flavio Josefo evalúa en setecientas cincuenta libras de oro.

No quedaron impunes estas violaciones del lugar Santo; desde el día de la toma del templo, la fortuna desertó las banderas de Pompeyo, y Craso pereció miserablemente en la guerra que había emprendido bajo tan odiosos auspicios.

El antiguo templo de Zorobabel, degradado por el tiempo y devastado por los romanos, era seme-

jante á un astro que va hundiéndose en el horizonte. Herodes lo demolió, lo hizo reedificar, y lo rodeó de soberbios pórticos y elegantes columnatas. Aquel fué el templo á donde Jesucristo, el *Angel de la Nueva Alianza*, fué á predicar su santo y eterno Evangelio; el velo de aquel templo fué el que se rasgó en el momento en que el Hijo de Dios, inclinando su divina cabeza sobre su dolorido pecho, en que latía el más noble corazón que palpité jamás bajo una forma humana, exclamó: — *¡Consummatus est!* ¡Todo está consumado! — Y desde entonces siempre se vieron en la casa de Jehová cosas extrañas: todos los días, siniestros prodigios iban á aterrizar á los verdugos de Cristo, á tal punto que un famoso rabino exclamó en una ocasión: — «¡Oh templo! ¡oh templo! ¿qué te agita y por qué te horrorizas á tí mismo? Los romanos fueron los ejecutores de la venganza divina; la tea de un soldado pagano encendió una hoguera, que Tito, á pesar de todos sus esfuerzos no pudo apagar, porque el soplo vengador de Dios atizaba la llama. Cayó, en fin, aquel templo, la maravilla del Oriente; solo algunas piedras ennegrecidas designaron su solar; los romanos, dueños de la Ciudad Santa, prohibieron á los judíos, so pena de muerte, entrar en la ciudad; solamente se les permitió un día en el año ir á precio de oro un momento al Moria á llorar su desventura. «Aquella nación que había vendido la sangre de Cristo, dice San Jerónimo, no tuvo entonces la libertad de derramar lágrimas sobre sus propias ruinas, y se vió reducida á comprar el derecho de llorar.»

Una mezquita cubre en el día el solar del templo.

SALMO MISERERE ¹.

Piedad, piedad, Dios mío,
Que tu misericordia me socorra,
Según la muchedumbre
De tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
Lávame más y más: mi depravado
Corazón quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
Y mi conciencia propia
Me acusa, y contra mí levanta el grito.

Pequé contra tí solo;
A tu vista obré el mal, para que brille
Tu justicia, y vencido
El que te juzgue tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras
Nací de iniquidades mancillado,
Y en el materno seno
Cubrió mi sér la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
Y, para más rubor y afrenta mía,
Tesoros me mostraste
de oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo
Me rociarás, y ni una mancha leve
Tendré ya: lavarásme,
Y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
De consuelo y de paz en mis oídos
Y celeste alegría
conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
Tu faz, oh Dios, de mi maldad horrenda,
Y en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu rostro encienda.

En mis entrañas cría
Un corazón, que con ardiente afecto
Te busque: un alma pura
Enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia
En que al lloroso pecador recibes,
No me arrojes airado,
Ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,
Que es del alma salud, vida y contento;
Y al débil pecho infunde
De un ánimo real el noble aliento.

¹ El servicio de la sinagoga consistía en la oración, la lectura y la explicación de la Escritura Santa. Toda persona provecta tenía obligación de orar tres veces al día: por la mañana á la hora del primer sacrificio, al medio día y al anochecer, cuando todavía ardía la víctima en el altar. Antes de la cautividad no había sinagoga, y ni aun se cree que hubiera oración común: el pueblo subía al templo y se estaba en el patio de las mujeres, donde cada cual oraba en particular: entonces se incensaba el altar de los perfumes para ofrecer á Dios las oraciones del pueblo.

¹ El tiempo de las lluvias en Judea es el de los equinoccios, y sobre todo el del equinoccio de Otoño. (Volney, *Viaje á Siria*.)

² Jerusalén estaba entonces completamente arruinada y los sirios guarnecían la fortaleza de David.

¹ Nuestros lectores se complacerán en poseer una de las más bellas, si no la primera de las traducciones castellanas y en verso del Salmo *Miserere*. Su autor es el insigne Bello, que nació en Caracas en 1780 y murió en Santiago de Chile en 1865.

Haré que el hombre injusto
De su razón conozca el extravío;
Le mostraré tu senda,
Y á tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,
Mi Dios, mi Salvador, inmensa fuente
De piedad, y mi lengua
Loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza,
Y gozosa á las gentes
Anunciará mi boca tu alabanza.

Que si víctimas fueron
Gratas á tí, las inmolará luego,
Pero no es sacrificio
Que te deleita el que consume el fuego.

Un corazón doliente
Es la expiación que á tu justicia agrada;
La víctima que aceptas
Es un alma contrita y humillada.

Vuelve á Sión benigno
Rostro primero, y tu piedad amante,
Y sus muros la humilde
Jerusalén al fin, Señor, levante.

Y de puras ofrendas
Se colmarán tus aras, y propicio
Recibirás un día
El grande inmaculado sacrificio.

ANDRÉS BELLO.

LOS GRABADOS

MATER DOLOROSA

Cuadro del insigne pintor cristiano Bartolomé Esteban Murillo

Guarda nuestro Museo del Prado, entre los 45 cuadros que posee de Murillo, el que representa nuestro grabado, que mide de alto 0,52 y de ancho 0,41.

El busto de Nuestra Señora es de tamaño natural; toca blanca rodea su hermosa y triste cabeza, manto negro azulado cae sobre la toca y descúbrese una parte de la túnica, que es de color de carmin. Poseyó este cuadro doña Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, de donde vino á formar parte de la colección de Carlos III.

Es, como todas las obras de Murillo, profundamente religiosa, sin que la verdad mengue la expresión ideal, que es encantadora.

LA ADORACIÓN DE LA CRUZ AL PIE DEL MONUMENTO

Es práctica constante, al menos en las iglesias de España, colocar un Crucifijo echado sobre un almohadón al pie del Monumento de Jueves Santo, y al pie del Crucifijo el plato petitorio.

La devoción aconseja que los fieles, al visitar las estaciones, se lleguen al Crucifijo, y postrados en el suelo, adoren la sagrada imagen, depositando alguna limosna para el sostenimiento del alumbrado del Monumento.

Esta escena es la que representa nuestro grabado, tomada del natural en la Catedral de Toledo.

El Crucifijo viene á caer junto á un sepulcro gótico, que sirve de fondo al cuadro, dándole tan melancólica belleza que parece escogido *ad hoc* para interesar á los que lo contemplan. Y sin embargo, estos cuadros son frequentísimos y hasta vulgares en las Catedrales antiguas, donde todo respira majestad y belleza sobrehumana. Las ceremonias, sobre todo de Semana Santa, son sublimes en estos viejos templos, consagrados por la piedad de muchos siglos.

Búsqense con intención artística, por decirlo así, los cuadros de que hablamos, y se verá que una Catedral antigua es un museo vivo de escenas admirables.

JESUCRISTO EN CASA DEL FARISEO

Cuadro de J. W. Lawson

El arte cristiano, inspirado en los Libros Santos, tiene en nuestra época dignos cultivadores. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, á pesar de su afición decidida por lo antiguo, se complace en pagar tributo á las obras modernas.

Por eso publicamos hoy el grabado del cuadro de Lawson, que ha estado por mucho tiempo expuesto en los salones de la *Royal Academy* de Londres.

Es la escena bíblica de la arrepentida pecadora, que unge los pies del Maestro con bálsamo de riquísimo perfume, y los riega después con sus ardientes lágrimas, y los enjuga con sus sedosos cabellos.

La poética figura de María Magdalena representa la gloria del pecador arrepentido: ella está al pie de la Cruz, recogiendo los postreros suspiros del Justo; ella no quiere abandonar la tumba del Divino Maestro; ella recibe en recompensa de su fe y su amor la dulce misión de anunciar á los Apóstoles que Jesús ha resucitado al tercer día entre los muertos.

Por eso ha sido siempre objeto de fecunda inspiración para el artista cristiano: la *Magdalena* es obra admirable del genio de Leonardo de Vinci, del Correggio, de Rivera; la *Magdalena* es la joya escultórica más brillante de la corona inmortal de Canova.

El cuadro de Lawson es notable; hay dulzura en el semblante del Divino Maestro, codicia desesperada en el de los fariseos que lamentan la pérdida del precioso bálsamo, re-

cogimiento y como abandonado de sí misma en la pecadora arrepentida; pero, en medio de estas cualidades, percíbese una cierta falta de unción, que es propia del arte moderno, que se resiente de la atmósfera fría de nuestro siglo metalizado. Diríase que los que están mejor retratados son los fariseos, codiciosos del vil metal. El pintor ha podido hallar más fácilmente y en mayor copia los modelos.

MANASÉS Y SALOMÓN

Entrando por la puerta principal del monasterio del Escorial, en la fachada del poniente y después de un bello pórtico, se halla el gran *Patio de los reyes*, llamado así por las seis estatuas colosales que se ven en el frontispicio del templo, representando á *David, Salomón, Ezequías, Josías, Josafat y Manasés*, obra del célebre escultor Juan Bautista Monegro, que los sacó, así como el San Lorenzo de la fachada, de una misma piedra que aún se ve en un prado perteneciente á la jurisdicción de Peralejo con esta inscripción: *Seis reyes y un santo salieron de este canto, y quedó para otro tanto*; siendo de advertir que cada una de las estatuas tiene 17 pies de alto.

A esta dinastía de reyes pertenecen los de nuestro grabado, cuyos nombres llevan al pie, según aparece en los originales.

Como son estatuas colosales, hacen hermoso efecto desde la distancia en que se los contempla, efecto que pierden en gran parte en el grabado; pero esta misma circunstancia servirá para apreciar debidamente las proporciones y efectos de las obras esculturales.

EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

(Continuación.)

VII

MARGARITA

Una joven, sentada junto á una ventana, da vueltas á su rueca con actividad; sin embargo, se ve que sólo la costumbre le permite tirar con regularidad de su hilo, parece preocupada, y su mirada se pierde en vaga lontananza.

Tiene los cabellos rubios, sedosos, sin ser demasiado claros. Sus ojos azules, escondidos bajo el arco de pestañas oscuras, son de una limpidez sin igual, de un tinte, por decirlo así, diáfano. Estos ojos debían ver el cielo que ellos reflejaban. Sentada, deja conocer la hiladora una estatura mediana, bien formada, más bien delicada que robusta. El pie que hace dar vueltas á la rueca, aunque calzado groseramente, es combado, pequeño y fino. Su mano, que corre del lino amarrado á la rueca con una cinta desteñida, y baja á lo largo del brazo, es blanca. La boca de la joven es de una forma perfecta, fresca y franca. La risa debía tener un encanto indecible en estos labios rojos como las cerezas de Mayo. Toda la gracia de la expresión está en la boca, como debe refugiarse el sentimiento en los ojos rasgados, candidos y serios.

Decimos que la risa debería haber sido encantadora en este joven semblante. ¡Ay! Margarita parecía que no debía sonreír nunca más. El dolor marcaba su delicada cabeza con un sello fatal. El sufrimiento bajaba los ángulos de los labios, y los hoyitos no se formaban en las pálidas mejillas. Una espantosa desgracia, rápida como el rayo, cambiaba toda esta vida. Margarita era un alma activa y tierna que, una vez herida, no podría curarse nunca. Quien la hubiese visto ocho días antes con su abrigo colorado, su alegría, sus cabellos trenzados, riendo y hablando sin descaro, pero con una alegría comunicativa, no hubiera podido reconocerla.

Tenía puesto un vestido negro; sus cabellos se escondían con una cofia. Se hubiera dicho que era una joven novicia de un monasterio. No cesaba de trabajar, porque pertenecía el fruto de su labor á su abuela y sostenía la pobre casa; pero su pensamiento estaba lejos, y lo que trabajaba se reunía en la canasta colocada á sus pies, sin que, como otras veces, se felicitase de su habilidad y esperara una caricia por recompensa. La vieja Isabel, inclinada junto al fuego, pela legumbres para la comida de la tarde. Una cubeta llena de agua está á su lado. Isabel echa en ella las patatas peladas con cuidado, para que no se pongan negras al aire. Cada vez que mondaba una la abuela se quedaba un momento con los brazos caídos sobre las rodillas, mirando á Margarita, que saca continuamente su hilo, como las princesas de los cuentos de hadas que el odio de un poder enemigo condena á entregar en cierto espacio de tiempo un número fabuloso de husadas.

Después atiza la anciana el fuego, pone derecha la olla, que empieza á hervir, y toma otra patata.

Cierto, es un cuadro vulgar este interior. Los pintores holandeses no tienen otro más sencillo. Ninguno tampoco es más lastimero.

Esta pobre Margarita que hila, hila; esta anciana que mueve la cabeza de un modo desgarrador; este aire de tristeza en los semblantes, estos vestidos negros, este no sé qué de triste que aprieta el corazón como en un puño, dan una grandeza moral que interesa y cautiva á medida que se contempla esta escena.

— ¡Dios mío! — piensa Margarita — ¿Por qué no es este mi sudario, que yo hilo con actividad tan febril?

— ¡Ay! — dijo Isabel. — ¿De qué sirve preparar esta cena, á la cual no tocará?

Se oyó un ruido de pisadas en el patio.

La anciana, ocupada en soplar su fuego, no los ha oído. Margarita se asoma á la ventana, mira despues, de repente deja escapar la rueca de sus manos, se pára su pié, se pone si es posible más pálida aún que antes, y se queda con los brazos caídos, medio sofocada.

Se acercan los pasos, se levanta el pestillo. Esta vez vuelve Isabel la cara hacia la puerta; viendo entrar á Ana, da un gemido doloroso, se levanta, y con paso inseguro se acerca á ella. Isabel no habla. Ofrece un asiento á la madre del cura. Esta, muda como el sepulcro que se ha cerrado, abraza á Margarita, besa su pálida frente, sus cerrados ojos y después se sienta al lado de Isabel.

Las dos ancianas miran el fuego del hogar y se callan. ¿Qué tienen que decirse? ¿qué palabras pueden expresar sus dolores? Si Dunstan ha muerto, ¿no parece que Margarita debe seguirle al sepulcro?

La pobre niña, amada, bendecida, querida de todos, había sentido crecer en su corazón una ternura profunda, y la muerte de aquel que era su objeto no podía amortiguar su ternura. La aumentaba, la santificaba, garantizaba la duración. Procedía ahora de alguna manera del cielo donde subía puro y casto, esperando la consagración de las bodas eternas.

Margarita, criada entre Dunstan y el cura Fritz-Roy, no tuvo jamás otra amistad ni inclinación á la coquetería.

Nada le chocaba más que ver á los jóvenes dejarla pasar y seguirla con una mirada de admiración. Sufría su modestia. No pensaba en su hermosura antes que esta hermosura agradase á Dunstan y que él se mostrase satisfecho de ella. No había espejo en el cortijo; el agua de la fuente bastaba para mirarse un minuto todas las mañanas. Además, el espejo roba el tiempo á las jóvenes, y Margarita no descuidaba su rueca. ¿No tenía además las faenas de la casa, las mesas que limpiar, el cobre y el estaño que conservar como si fuera oro y plata?

Por lo regular levantada antes que fuese de día, andando sin ruido, arreglando la casita en un orden perfecto, no quería que su abuela se levantara al mismo tiempo que ella. Si Isabel preparaba las comidas de día, Margarita sola se ocupaba del almuerzo. Cuidada la vaca, dando de comer á las gallinas, Margarita se instalaba en su rueca cerca de la ventana, y entonces le tocaba á Isabel seguir las faenas del interior. Las semanas todas se pasaban del mismo modo.

El domingo iban dos veces al día á la iglesia Isabel y Margarita; por la tarde iban á Tierras Bajas y á las ocho estaban en casa. Cuando se declaró Dunstan á la joven, que su hermano lo obligó, por decirlo así, á que se explicaran estos dos seres tímidos, el joven iba á pasar todas las noches una hora en casa de su prometida. Desde este día, la joven no hiló sino el lienzo para su ajuar.

La alegría rejuvenecía á Isabel; el crimen de Hugo sumergió de repente dos familias en la desesperación. Margarita no encontró ya consuelo para su vida.

El primer sentimiento que tuvo al saber el asesinato de su prometido fué el de un anonadamiento absoluto. Le pareció que una roca había caído sobre su cabeza.

La asaltó un sobrecogimiento que no la permitía sentir la agudeza del sufrimiento que luego la atormentó. A esta etapa de postración absoluta, siguió una explosión de sollozos y de gritos que probaba en Margarita tan suave, tan tímida, hasta qué grado la trastornaba el dolor. Tuvo una hora de locura. Con los cabellos sueltos, se arrastraba á las rodillas de su abuela, suplicándola que la permitiese salir para ver á Dunstan sólo una vez aún, antes que lo pusiesen en la caja. Esta naturaleza delicada y nerviosa no podía nunca reponerse de una emoción tan dolorosa.

Margarita supo el asesinato de su novio sin ninguna preparación, como si le disparasen á su corazón á boca de jarro.

Iba á buscar agua á la fuente, cuando oyó un gran tumulto en el camino. diendo sus arpas destempladas de los sauces del Eufrates.

— ¿Quién ha cometido el crimen? preguntaba uno.

— No se sabe aún; el juez está en el campo de Josuah.

— Y Dunstan, el pobre muchacho, ¿dónde lo han llevado?

— ¡Ay! el Cura lo ha tomado sobre sus hombros, y lo ha acostado sobre la cama de Jacobo... Vamos a Tierras Bajas; los vecinos nos dirán algo.

Se oyó un gran grito cerca del ángulo de la fuente. Margarita se había caído cuan larga era.

Las curiosas olvidaron un momento a Dunstan para volar a socorrer a la joven; Isabel supo en este instante la horrible muerte del novio de su nieta. Cuando Margarita volvió en sí, primero no se acordó de nada. Pero poco a poco la terrible luz estalló ante su vista.

— Ha muerto Dunstan, repitió ella, han matado a Dunstan.

Isabel no trató de calmarla al pronto.

Margarita lloraba y se torcía las manos.

— Vamos a verle, abuela, decía ella, una vez, un minuto... las personas de la aldea no encontrarán nada reprehensible en este paso. ¿No debíamos casarnos para San Jorge?... Tomad vuestra manta colorada, abuela, vamos a llorar donde lloran Ana y el señor Cura... ¿No nos acusarán ya de ingratitude? Venid, si me queréis, abuela; me parece que Dunstan me reprocha ya que lo he abandonado.

— No, hija mía, respondió Isabel tomando entre sus manos las de la niña rebelde. No, no puedes ir a estas horas a Bajas Tierras... ¡Ay! la casa estará llena de gentes que estudiarían tu rostro y contarían tus lágrimas... Llorar aquí, llora en secreto en el seno de tu madre, reza y solloza, amada mía, pero no permitas que los indiferentes sean testigos de tu legítimo dolor.

— Me parece que soy infiel a Dunstan, abuela, temiendo que me vean llorar por una muerte tan triste.

— Hija mía, no se puede engañar a los muertos... Dunstan lee en tu alma, y él, que tanto precio ponía a la buena fama de su Margarita, no quiere que ella dé motivo a los malos para burlarse de su pena. No está en el cuarto de Ana tu prometido de los días felices... Su cuerpo sangriento está insensible, sus ojos cerrados no te verían... Desde el cielo mira a su Margarita, cuyo dolor querría yo tomarlo todo... Señor, Jesús, prosiguió Isabel mecido a Margarita como si fuera una niña enferma, ¿por qué no me habéis llamado a mí? Yo me voy debilitando, muero lentamente, soy inútil y arrastro mi vejez como una carga; eran jóvenes y se amaban... Pero yo, Señor, ¿por qué no me habéis llamado?

— Callaos, por favor, callaos, dijo con ímpetu Margarita; me parece que vuestras palabras me acusan de no tener ternura filial. Dios ve el fondo de mi alma, abuela, y no quisiera deciros una mentira y tomarla como testigo de una palabra falsa. Sí, amaba a Dunstan con un cariño inmenso; pero entre él y vos no hubiera titubeado. Sois la madre de mi madre, yo pertenezco a todo vuestro ser y soy de vuestra sangre; el exceso de mi dolor ofende al cielo y os ofende a vos. ¡Ah! abuela, perdóname, perdóname; ¡soy tan desgraciada!

Y Margarita rodeó con sus brazos el cuello de la anciana. Con el ciego instinto de su amor de abuela, Isabel había dado con lo que sólo podía remover el alma de la joven y cambiar su desesperación en un dolor resignado. ¡Margarita tenía el alma tan recta y tan buena!

Los llantos de su abuela la enternecieron más que las exhortaciones. Sintió que debía moderar la expresión de su sufrimiento por compasión por la anciana, de la cual ella era la sola alegría.

Mucho tiempo quedó Margarita sobre el corazón de Isabel. El corazón de la abuela era una hoguera de ternura bastante ardiente para reanimar un poco a la niña abatida. Cuando Margarita separó sus brazos y miró a Isabel de frente, sus ojos no estaban extraviados y su voz ofase poco, como notas bajas; era un poco más triste que de costumbre. Desde este momento, la joven no habló más de ir a Bajas Tierras. Pasó recogida en oración ferviente el día tan largo de los funerales, y por la noche, cuando no se la podía ver, dejó la casa para hacer una peregrinación al sepulcro de Dunstan. Observó una forma humana que marchaba a alguna distancia; pero ella continuó su camino sin asustarse.

Cuando entraba en el cementerio, Tobías tocaba la oración. El hombre que iba delante de Margarita habló al sacristán. Este movió la cabeza en señal de duda, hizo un movimiento de mal humor, y salió del cementerio dirigiéndose no del lado de su casa, sino hacia la del señor Cura.

El hombre que acababa de hablar al sacristán era Hugo Peadcock, y sabemos la terrible confesión que quería hacer al Sacerdote. Hugo conoció a Mar-

garita en la mujer de luto prosternada junto al sepulcro de Dunstan; extendió la mano como si la amenazase, guardó el silencio, y se puso más en la oscuridad, cuando el cura llegó y bendijo a la prometida de su hermano.

Al día siguiente del en que había pasado la escena nocturna de la confesión de Peadcock, la pobre Ana fué a casa de la anciana Isabel. Abrazó a Margarita sin decir nada, y se sentó al lado del hogar moviendo maquinalmente las cenizas, mientras que Isabel, con su cuchillo en una mano, y una patata en la otra, quedaba absorta en su dolor.

Estas dos ancianas daban lástima.

¿Quién hubiera podido decir cuál era la más desgraciada! Margarita no tomaba su rueca y no añadía su hilo; su pensamiento seguía el de ellas y le parecía ver aparecer a Dunstan en medio de este grupo desolado.

Las naturalezas primitivas, las personas acostumbradas a rudos trabajos, a la vida de los campos, a menudo son calladas. ¿Temen que la palabra sirva mal a su deseo? ¿Es desdén o impotencia? Lo cierto es que tratan y piensan más que hablan. Con muy pocas excepciones, su dolor es mudo. Por un mismo movimiento los ojos de Isabel y los de Ana se fijaron en la joven y dieron ambas el mismo grito: ¡Pobre Margarita!

La joven las oyó, y dejando su sitio, se arrodilló entre las dos, pasando uno de sus brazos al rededor del cuello de cada una y hablándolas casi bajo, acercando su pálido y joven rostro a sus semblantes arrugados e inundados de lágrimas:

— Sí, ¡pobre Margarita! ¡mis dos abuelas! ¡pobre Margarita, a quien Dios no quiere dar un esposo en este mundo y que se encuentra viuda a los diez y siete años! pero vosotras la queréis, ¡ah! ¡las dos la queréis bien! y en este cariño encontrará ella toda su fuerza... Aunque Dunstan ha muerto, Ana, soy vuestra hija adoptiva. Seréis dos para bendecirme, para quererme, hablaremos de él juntas. El domingo pondremos flores en su sepulcro. Hay algo muerto en mí, ¡esto es verdad! pero siento que es siempre adorable la voluntad del Señor... No murmuro... ¡Me resigno como vos! Dunstan no está perdido; ¡no hace más que esperarnos!

La pobre niña, tomando una energía sobrehumana en el sentimiento de la fe y en su cariño por Isabel, consoló a estas dos madres y cubrió a ambas de caricias.

Desde este día Isabel y Margarita volvieron de cuando en cuando a Bajas Tierras. Algunas veces venía Ana a su casa. Margarita, que siempre había sido alegre, se había puesto grave y serena. Su carácter, su sentido, todo había cambiado; sólo su corazón era el mismo. Se hubiera dicho que se hacía más compasiva y más sensible, como si el amor que había tenido a Dunstan se transformase en caridad activa hacia los que sufrían.

(Continuará.)

CARIDAD

CUENTO

(Continuación.)

IX

EL PERRO.

Dominan por el Oriente a Villanueva de los Infantes unas colinas que, levantándose en la inmensa planicie de la Mancha, prestan alguna variedad a aquellas monotonas llanuras. En la época a que nos hemos trasladado con la imaginación, hallábanse esas colinas pobladas de árboles, arbustos y plantas aromáticas, y formaban lo que en los párrafos anteriores he llamado el monte. En un reducido vallecito, comprendido entre dos de ellas, se alzaba una modesta casita: era la habitación del guarda, el tío Antón. El único salario que recibía de un amo regatón y mezquino, se reducía a permitirle beneficiar una corta heredad a algunos pasos del valle. El tío Antón vivía, con extrema pobreza, con su esposa y dos niños: Gregorito y una hermanita suya. Para sembrar tenía que mendigar el trigo, y en el invierno se veía precisado a mantenerse de limosna. La casa de Tomásín era su único amparo; mas ya debía al buen Alonso tantos favores, que le causaba vergüenza pedirle más. Por eso le has visto, querido hermanito, la víspera de Navidad titubear y dirigirse, ya a casa de Lucía, ya a la de Daniel, y vencido al fin por la vergüenza, entrar en la del implacable usurero.

Pero no olvidemos que estamos ya en el tiempo de la recolección. La modesta heredad fructificaba aquel año más que los anteriores: Gregorito saltaba de gozo al ver las doradas espigas cargadas de crecido grano e inclinadas por el peso; mas al mirar el rostro de su buen padre, no podía reprimir las lágrimas viéndole tanto más triste y abatido, cuanto

más se acercaba el tiempo de la cosecha. Su madre, víctima de las privaciones y del dolor maternal, yacía aún en el lecho herida de una enfermedad crónica: el niño, al ver a su padre triste, volaba al lecho llorando para consolarse con su pobre madre.

— ¿Qué tienes, hijo mío? — decía la infeliz con inefable ternura.

— Madre mía — respondía el niño — mi padre está muy triste, muy triste.

El inocente no comprendía que con aquellas palabras estaba clavando un puñal en el corazón de su madre.

Antón iba con frecuencia a ver su heredad: allí, con la frente inclinada y cruzados los brazos, contemplaba en silencio las hermosas espigas agitadas por apacible viento, é inmóvil como una estatua, pensaba entre sí:

— ¡Dios mío... Dios mío!... ¡Esto que forma mi única esperanza en la tierra, esto ha de venir a parar en ajenas manos!... Necio de mí... ¿Por qué no iré yo al Sr. Alonso?... Pero ya debo de tenerle cansado: aunque es tan bueno... ¡Oh! sí: él me perdonará el trigo que me dió para sembrar... ¡Sí, me lo perdonará!... Pero el otro... ¡Dios mío, Dios mío!... Tócale al corazón; que vea mi miseria: que se compadezca de un pobre padre...

Su encallecida mano enjugaba entonces dos gruesas lágrimas, y continuaba:

— ¡Sí!... ¡se compadecerá!... Por duras que tenga las entrañas... él también es padre... él sabrá lo que padece un padre cuando sus hijos le piden pan y no tiene... ¡Se compadecerá!... Dios mío: ¡haced que así sea!...

Pasaron días y días: Antón hizo su pequeña cosecha; pero su tristeza crecía, y en frente del montoncito de trigo tenía los mismos soliloquios que delante de las espigas.

Ayudado de Gregorito daba una mañana la última vuelta al grano, y terminada, se detuvo como de costumbre ante la parva, sumido en sus melancólicas meditaciones, sin reparar en la presencia del niño. Éste, al verle así, se fué llorando al ordinario refugio de su madre.

Antón volvió a su pobre habitación y se detuvo a la puerta para serenarse un tanto y no demostrar exteriormente su dolor profundo. La pena más terrible de aquel padre y esposo cariñoso era verse forzado a sepultar su dolor dentro del alma por no atormentar a los seres queridos de su corazón. ¡Horrible tormento es mostrar en los labios la sonrisa mientras agudo torcedor destroza las entrañas!

Una desvencijada puerta daba paso al estrecho portal, único piso de aquella morada de la pobreza y del dolor. Dos puertas a derecha é izquierda comunicaban, aquella con la cocina, y ésta con la reducida habitación del guarda, cuyo ajuar consistía en dos pobres camas ó jergones sobre unas tablas sostenidas en troncos, y en una de las cuales yacía la esposa de Antón; un arcón de pino, que a la vez servía de mesa y de alacena, dos taburetes, algunas ropas colgadas, un crucifijo a la cabecera del lecho principal y unas cuantas estampas devotas pegadas con pan y distribuidas por la habitación. La luz penetraba con pena por un estrecho ventanillo cubierto de un encerado de tela.

Al llegar Antón a su casa, Gregorito, con la cabeza apoyada entre los brazos de su madre, se había quedado dormido. La pequeñita Rosa, encantadora niña de cuatro años, que dormía en el otro lecho, despertó al sentir el crujido de los goznes de la puerta exterior, y viendo asomar al guarda, tendió hacia él los bracitos llamándole con delicado acento:

— ¡Papá!... ¡papá!

Allí estaba el honrado é infeliz Antón: rendido de fatiga y con el corazón angustiado, venía a consolarse en el rincón del hogar, a saciarse de amor siquiera; y la pequeña Rosa le parecía un ángel del cielo que le sonreía. Dulce consuelo es para el desgraciado saber que, además de la Providencia de Dios, tiene en la tierra corazones que le aman y ángeles que le sonríen.

Antón corrió al lecho, estrechó a su hija contra su corazón, llenó de ardientes besos su frente blanquísima, la vistió, la santiguó y rezó con ella, lavó su cara y sus manos, peinó sus cabellos rubios como el oro, y después de dirigir una triste mirada a su esposa dormida ó aletargada sobre el humilde jergón, se sentó en un taburete, colocó a Rosa sobre sus rodillas, y abrazándola con paternal ternura, se puso a columpiarla moviendo las piernas. La niña fijaba su cabecita en el hombro de su padre, ceñía su cuello con la mano derecha, y con la izquierda se entretenía con las barbas de Antón, ensortijándolas en sus diminutos dedos.

— Papá, yo quiero pan — dijo luego.

El padre se levantó, buscó en el arca, y sacó un mendrugo que la niña saboreó con delicia. El guarda

siguió columpiando a su hija; mas las tristes meditaciones de siempre volvieron a apoderarse de él, su frente se arrugó y sus ojos se clavaron en el suelo con aspecto distraído. Rosa le sacó de su ensimismamiento preguntándole con un pucherito:

— Papá, ¿no me quieres?

— Sí, hija mía, sí — contestó el padre besándola con efusión.

— Pues ¿por qué me pones esa cara tan seria?

— No es a ti, Rosita.

— ¿A quién es? ¿A mamá?

— No, que es muy buena.

— ¿A Gregorito?

— Tampoco, niña.

— ¿A quién, papá?

— Al perro.

Sabido es que entre familia y tratándose con niños, todas las culpas suelen cargarse al pobre perro, aunque, como en la casa de Antón, no le haya. Por lo mismo que es en tal caso ente tan general é indefinido, pueden echársele encima todas las desgracias, sin peligro de que el acusado proteste.

— ¿Es malo el perro? — continuó la niña.

— Sí, es muy malo.

— Pégale, papá.

— Escupe.

Rosita escupió en la mano de Antón, y éste hizo ademán de pegar al perro por detrás del taburete, y dijo a la niña:

— Ya se fué el perro.

— ¡Qué malo es, papá! ¿Nos quería comer el trigo?

— Sí, quería comerle: es muy malo.

— Pero ya no lo come, ¿verdad, papá?

— No; que ya le he dicho yo que no vuelva.

— ¡Qué bien! ¡qué bien! vamos a tener mucho pan, *muchote, muchote*. Y mamá se pondrá buena y tú estarás muy contento... ¡qué bien!

La conversación fué languideciendo y concluyó por donde suelen concluir las más de los niños: por dormirse.

Antón volvió a engolfarse en sus amargos pensamientos. De pronto le pareció oír a lo lejos sordo y apagado el ruido de las ruedas de un carro, alzó la cabeza, y un comprimido estremecimiento agitó sus miembros todos.

— ¡Ya está ahí! — exclamó con dolor.

Levantóse de su asiento, dejó cuidadosamente a la niña dormida sobre su lecho, volvió a mirar a su esposa y a Gregorito, se enjugó dos lágrimas, y temblando y de puntillas salió de la habitación.

El ruido del carro se iba acercando: Antón hizo la señal de la cruz al poner el pie en el umbral de su casa, entrelazó los dedos en actitud suplicante, dirigió los ojos al cielo, y luego los volvió con ansiedad hacia el camino de donde venía el rumor. El carro estaba cerca, y el pobre guarda vió con es-

panto asomar por entre los árboles la repugnante figura de Daniel el usurero.

Este llegó por fin, acompañado de dos criados; se apeó, y después de una toseilla seca y chillona, se dirigió al guarda diciéndole:

— Antón: ¿sabes lo que me debes y el crédito a que te di mi dinero. Si tú no has echado las cuentas, yo sí. Todo ese montón de trigo es mío y vengo a cobrarlo.

El pobre Antón suplicó, lloró, expuso su situación tristísima, la miseria que le rodeaba, el hambre de sus hijos, la enfermedad de su esposa: el implacable usurero le oía primero con impaciencia y después con ira: sus ojos pequeños y ensangrentados brillaban con siniestro fulgor, y en sus hundidas órbitas giraban como el tigre irritado en su caverna; su pecho hervía como un volcán y dejaba escapar agudo ronquido; su voz se elevaba gradualmente hasta llegar al ronco grito del furor, y las palabras, al salir por sus encías desdentadas y comprimidos labios, producían un ruido semejante al silbido de la serpiente.

Antón le escuchaba temblando, a la vez de dolor y de indignación: sus manos apretaban convulsivamente el mango de su hacha de monte: brillaba a veces en sus ojos un pasajero relámpago de ira; pero luego los levantaba al cielo y reprimía su excitación violenta, terrible.

Así continuó por un rato. Daniel voceaba como un energúmeno: sus criados estaban conmovidos. Un grito de horror se oyó a la puerta de la pobre vivienda: Antón volvió los ojos y vió a María, a su esposa, a medio vestir, vacilar y caer desplomada como una masa inerte en el umbral. Gregorito y Rosa se arrojaron sobre su madre y lloraban a gritos.

El guarda oprimió con febril convulsión el mango de su hacha; pero se contuvo, y arrojándola de la mano, corrió a socorrer a su esposa. Los criados de Daniel, más compasivos que su amo, tomaron con Antón el cuerpo inerte de María, y la llevaron al lecho.

— ¡Idos, idos — gritó fuera de sí el pobre guarda dirigiéndose a Daniel; — idos y llevaos lo que queráis miserable, asesino de mi esposa! ¡Idos y jamás volváis por aquí!...

Daniel llamó a voces como un loco a sus dos criados, que pidiendo al guarda perdón, se dirigieron a obedecer a su amo con los ojos llenos de lágrimas.

María no estaba muerta: Antón roció con agua su rostro, y la pobre mujer fué lentamente volviendo en sí. Entonces llamaron suavemente a la puerta; Gregorito abrió y se encontró con su amigo Tomásín que le abrazó tiernísimamente.

— ¡Siempre ese ángel! — exclamó llorando el infeliz Antón.

Tomásín se enteró de lo sucedido, derramó copiosas lágrimas, salió de la casa, y hallando a Daniel ocupado en su triste faena, se arrojó ante él, y por Dios, por la Virgen, por cuanto amase en el mundo le pidió tuviese compasión de aquellos pobres desgraciados. Daniel, en el colmo del furor, amenazó a Tomásín; pero el criado que con éste había venido se interpuso, le echó en cara su bajeza, y aun indignado le hubiera dado una severa lección, si no le contuviera el caritativo Tomásín.

María, entre tanto, había recobrado por completo el uso de los sentidos; pero estaba herida de muerte y con tiernísimas frases se despedía de su dulce esposo y sus queridos niños que a su lado lloraban sin consuelo. Por no atormentarlos más, calló, después de encargar a Tomásín y a su criado que al volver al pueblo avisasen al señor Cura para que fuese a confesarla. Sucedió a este encargo, triste y desgarrador silencio: todos lloraban sin proferir palabra. Oyóse afuera el ruido del carro de Daniel que partía, y Antón ocultó el rostro entre las manos. Tomásín consoló a todos; les ofreció el apoyo de su buen padre y pidió a Gregorito que todos los días pasase por su casa y él le daría cuanto fuese necesario para el sustento de todos y la curación de María. Aquella pobre familia llenó de besos y bendiciones al compasivo niño; el consuelo y la esperanza renació en aquellos corazones, y hubo un rato en que ya nadie lloraba. Entonces la pequeña Rosa salió de la habitación, y volvió al poco rato llorando con más fuerza y diciendo que *el perro* se había comido el trigo.

¿Quién sabe si la niña decía verdad!

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Adulteración del aceite de oliva con el de sésamo. — Puede reconocerse esta adulteración mezclando en el aceite que se quiera reconocer dos partes iguales de ácido nítrico y ácido sulfúrico. Con la aplicación de estos reactivos resultan los colores siguientes:

| | |
|-------------------------|---------------------|
| Acetate de oliva. . . . | Amarillo claro. |
| — de sésamo. . . . | Verde-pardo oscuro. |
| — de linaza. . . . | Rojo pardo. |
| — de almendras. . . . | Rosa claro. |
| — de colza. . . . | Pardo rojizo. |
| — de colza. . . . | Rojo de ladrillo. |

Disociación del bicarbonato de amoníaco. — El bicarbonato amónico es casi fijo en el aire seco, pero si está húmedo, se disocia fácilmente. En efecto, Mr. Melsens dice que es una sal poco olorosa, pero que en cuanto se humedece se percibe el olor de amoníaco, a causa de que se separan el ácido y la base. En 24 horas pierde un poco de su peso si está seca, pero si se humedece, pierde mucho de su peso en pocas horas.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA DE SUEZ

Vacuna de la
boca, suprime
instantáneamente
y para
siempre los

DOLORES DE MUELAS

Y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción. — El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura. — La *Opíata anaranjada de Suez*, asegura su blancura sin ningún peligro. — El *Vinagrillo lácteo de Suez*, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, — porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desmaltarse y caerse. — Dirigirse a M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. MADRID: R. I. Chavarri, almacén de drogas, Atocha, 87. — J. M. Moreno, botica de la Reina Madre, Mayor, 93. — Manuel R. Hernandez, farmacéutico, Mayor, 27 y 29. — Frera, perfumería, Carmen, 1. — Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

VAPORES-CORREOS del MARQUÉS de CAMPO

Líneas regulares de Asia, África, América y Oceanía

LINEA DE FILIPINAS

Viajes redondos mensuales, en día fijo, desde el puerto de Liverpool a los de la Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Saïd, Suez, Aden, Punta de Gales, Singapur y Manila.

El vapor SANTO DOMINGO (100 A. I. LLOYD) saldrá del puerto de Barcelona el 1.º de Abril. Admite carga y pasajeros para los de PORT-SAÏD, SUEZ, ADEN, PUNTA DE GALES, SINGAPORE Y MANILA.

LINEA TRASATLANTICA

De Santander a Coruña, Vigo, Cádiz, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

El vapor REINA MERCEDES (100 A. I. LLOYD), saldrá de Santander para dichos puertos el 18 de Marzo, admitiendo carga y pasajeros para los mismos, como para los de Nuevitás, Gibara, Baracoa, Santo Domingo, Santiago de Cuba, Puerto-Príncipe, La Guayra, Puerto-Plata, Aguadilla, Ponce, Mayagüez, Saint-Thomas, Kingston, Santa Marta, Lincoln, Barranquilla, Subani, Ila y Colón.

COMPANÍA COLONIAL

Roma 1868



MEDALLA

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.

Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior a todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados a la cura de almas y a la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneira, los tres Luises, de Leon, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º.

AGUA MINERO-MEDICINAL DE LA MARAVILLA

Premiada en la exposición de Burdeos con la gran medalla de oro

Acción tónica. — Alcalina. — Sedante. — Resolutiva.

Esta agua tiene, como ninguna otra, una acción especialísima. — En todas las formas del reumatismo visceral (nales internos); en las erupciones de la piel, reumáticas y herpéticas; en la litiasis ártica (arenillas en la orina); en la gota y diatesis reumáticas; siendo por consecuencia, de uso indispensable como agua de mesa, bien sea sola ó mezclada con vino; en las dispepsias ó digestiones difíciles, acompañadas de vómitos pertinaces, resaca y acidez; en los entorpecimientos de la laringe y de los bronquios; en las escrofúlosas tórpidas; en los crónicos de la vejiga y de los riñones; en el hinchamiento del bazo ó de la matriz; en las menstruaciones dolorosas, tardías y en los flujos blancos; en los estorbos habituales y pertinaces, sin producir molestias ni dejar irritación; en las neurosis (nales de nervios), dolores nerviosos y jaquecas. Se expende en las farmacias en botellas de un litro.

Depósito central: GORGUEIRA, CINCO, MADRID

Consistencia del mortero.

La gran duración del mortero italiano la atribuye un entendido arquitecto inglés al modo como se prepara la cal. El procedimiento consiste en poner ésta en un hoyo y cubrirla de agua, dejándola así por espacio de dos años, después de lo cual se saca y se le mezcla la arena necesaria para hacer el mortero. En España, Francia y otros países, la práctica que se sigue es la de apagar la cal, y hacer el mortero casi en el mismo día en que se emplea en la construcción. Es de advertir que hay ciertas partes de la construcción en un edificio que exigen el uso del mortero hecho con cal recientemente apagada.

Electro-teléfono.—Diferentes veces nos hemos ocupado en nuestra Revista en los trabajos del Señor Maiche, relativos á las transmisiones telefónicas por medio de las líneas telegráficas ordinarias. Hoy vemos en el periódico el *Daily Telegraph* un artículo relativo á este asunto, cuyo contenido vamos á dar á conocer á nuestros lectores.

Entre Dover y Calais acaba de hacerse un experimento muy interesante: una conversación en alta voz acaba de tener lugar entre estas dos ciudades, por medio de una nueva especie de teléfono, que ha obtenido privilegio de invención, con el nombre de *Electro-teléfono*. No solamente las palabras pronunciadas en voz baja en Calais, han sido oídas distintamente en Dover, y viceversa, sino que el que escuchaba en una de estas estaciones podía reconocer perfectamente, por solo el sonido de la voz, á la persona que le hablaba en la otra estación.

Las personas científicas, presentes al hacerse este notable experimento, han quedado muy satisfechas de la facilidad con que se han vencido eficazmente dificultades tan enormes como la condensación producida en la envoltura metálica que protege el cable y la inducción causada por el paso simultáneo de los telegramas á través de los demás hilos del cable, que sirven para la trasmisión de los despachos ordinarios. Además, los experimentos se han hecho desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, las horas de más negocios del día, y cuando todos los hilos están incesantemente en acción.

Se ha probado que la voz del que habla se hace oír distintamente tan pronto como los hilos se ponen en comunicación con el aparato, y que la conversación ha tenido lugar, sin interrupción, en presencia de Sir James Cornichel, presidente de la Compañía del telégrafo sub-marino y de los Sres. Sabine, Despointes y otros especialistas muy competentes. Se

han hecho experimentos después con el mismo aparato, entre Dover y Londres, con igual éxito, en medio de la confusión producida por el trabajo simultáneo de muchos aparatos telegráficos de la estación de Londres. La voz del que hablaba se oía con tanta claridad, como si estuviera en la misma pieza.

No queda ninguna duda sobre la perfecta transmisión de una conversación á través, ó mejor dicho, debajo del mar por medio del cable submarino; y el éxito del experimento hecho abre el camino á la posibilidad de comunicaciones verbales rápidas, las cuales hace pocos años se hubieran considerado imposibles.

El inventor Sr. Maiche sostiene que es tan fácil conversar de una orilla á otra del Atlántico, como de una pieza á otra del mismo departamento; y que si la primera aplicación práctica de su aparato ha dado tan buenos resultados, ya no se puede dudar de que él haya descubierto un sistema por medio del cual las palabras pronunciadas en un extremo pueden recogerse á su llegada en el otro, y reservarse para su uso ulterior.

Son muy importantes estos descubrimientos del Sr. Maiche, el cual los continúa con ardor, y es de esperar que le conduzcan á un resultado completamente satisfactorio.

**ADVERTENCIA**

Visto el número de pedidos que se nos ha hecho de las cubiertas para encuadernar LA ILUSTRACIÓN, hemos decidido hacerlas desde luego, y se venderán al precio de 16 reales en esta Administración.

Apresúrense los suscritores que las quieran á darnos aviso para fijar el número de las que se han de hacer. Las cubiertas serán de tela con adornos de color y dorados, alusivos á la índole del periódico.



Recomendamos á las oraciones de nuestros amigos el alma de Doña Rosalía Torres, virtuosa madre de D. Manuel Torres y Torres, ilustrado sacerdote de Córdoba, y la de Doña María Teresa Martínez Bravo y Atienza, esposa de nuestro constante suscriptor D. Valentín Benítez, vecino de Tarazona.



DON ANTONINO GONZALEZ MALDONADO

HA FALLECIDO

Su familia y amigos ruegan á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA que encomienden su alma á Dios Nuestro Señor.

R. I. P. A.

Tipografía Gutenberg, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid